Mundo Uruguayo

Año VIII Montevideo, Abril 1.º de 1926 Núm. 377

Un descanso en la jornada

Las grandes crecientes e inundaciones de la Europa Central



En toda la Europa Central las inundaciones y movimientos seismicos han consternado a las poblaciones. He aquí una vista de una de las aldeas holandesas que, a causa de la rotura de un dique quedó sumergida en parte, huyendo sus 1.500 habitantes.

Otros dos aspectos de las inundaciones de Holanda, la aldea de Cuyk después de la rotura de los diques en dos puntos simultáneos, que hicieron crecer las aguas a 18 metros en una hora.

En la isla de Liri las aguas se desbordaron de los riachos, formando verdaderas cataratas y convirtiendo algunos pueblos en nuevas Venecias pero sin la calma y tranquilidad de la reina del Adriático

A causa de las últimas tempestades de la costa bretona el guardián del faro de Armen, tuvo que pasarse aislado 53 días, sin que la barca que le lleva las provisiones pudiera acercarse.

Las crecientes del Sena que llegó a alturas mayores que las registradas precedentemente, llevando la alarma a la población de París

Sobre el Alhabama se encuentra la mayor represa del mundo. Con ella el hombre ha querido detener la furia de las aguas y evitar esos desbordes que como los habidos recientemente en Europa, han llamado la atención por sus características sin precedentes. En el centro aparece otro de estos desbordes, el del legendario Rhin que ha sumergido casi totalmente a la hermosa torre de Pecking, cerca de Colonia, donde los pescadores trabajando, todo el día, lograron salvar algunos habitantes, pero siendo numerosas las víctimas

Bélgica también ha sufrido grandes perjuicios y en poblaciones como Lieja los habitantes tuvieron que refugiarse sobre los techos y pasar grandes penurias. La fotografía nos muestra a los reyes de Bélgica en medio del desastre de su país. Muchos han creído ver en estos fenómenos inusitados por sus proporciones, un principio de fin del mundo, y otros segun los telegramas europeos y las predicciones, los relacionan con la aparición en la India del Nuevo Mesías.....

Semanario Ilustrado
Aparece todos los jueves.
Editado por la Agencia «Publicidad»
Capurro y C.ª
Calle Juan C. Gómez 1386 — Montevideo

Mundo Uruguayo

Precio del ejem. $ 0.07
Precio de suscripción anual . . $ 3.00 oro
En el extranjo. suscrip. anual . . $ 5.50 oro

Año VIII. Montevideo, Abril 1.º de 1926 Núm. 377.

Una Asociación meritoria

DIAS atrás fuimos invitados, conjuntamente con los directores de la prensa diaria, por la Comisión de la Asociación Cristiana de Jóvenes, a efectuar una visita al edificio que para su sede social se construye en la esquina de las calles Río Negro y Colonia. Nuestra sorpresa no tuvo límites ante el magnífico esfuerzo que representa para la ciudad el levantamiento de este verdadero palacio en el que la prestigiosa asociación continuará realizando la obra útil y trascendente a beneficio de nuestra juventud que desde su fundación en nuestro medio ambiente viene realizando. Constará el edificio cuya fábrica se encuentra muy adelantada, de amplios locales para las diversas dependencias de la asociación, sala de diversiones, billares, sala de lectura, gerencia, informaciones, dormitorios, peluquería, café, bar, biblioteca, etc., con un gimnasio y una piscina que serán en su género los primeros del país. Todo el edificio será construído de cemento armado y en sus amplias terrazas al aire libre, se establecerán locales de juegos adecuados a las finalidades culturales que persigue la asociación, que no son otras que la de levantar hacia el bien, el sentimiento moral de la juventud, proporcionándole a esta a la vez todos los medios para que pueda vigorizar su constitución física, en la gimnasia adecuada, en el deporte, en la vida libre del campamento donde se adquieren hábito de compañerismo y prácticas de solidaridad social. A esta finalidad última responde, precisamente, el hermoso campamento que en la falda del Cerro del Toro, en Piriápolis, tiene establecida, desde hace ya varios años, la Asociación Cristiana de Jóvenes y en el cual se congregan no sólo sus afiliados, sino también los estudiantes americanos y últimamente un grupo de alumnos de las Escuelas Públicas, para iniciar un programa pedagógico de amplias proyecciones futuras. La reunión en honor de los directores de los diarios y revistas de esta ciudad propiciada por la Comisión de la Asociación Cristiana de Jóvenes, tuvo la virtud de hacer conocer, en sus mínimos detalles, todo el meritorio esfuerzo que aquella realiza a la vez que patentizar lo que será el futuro edificio el día que se termine y el bien enorme que en sus instalaciones podrá cosechar nuestra juventud a la que se arrancará de ciertas prácticas, costumbres y hábitos perniciosos, para propender a su educación integral, moral y física. Asociaciones de esta naturaleza que realizan obra social tan elevada y trascendente, merecen de la población todas sus simpatías y todo su apoyo que no dudamos le serán acordados cuando se lo reclamen, y de los Poderes Públicos facilidades de todo orden, para que pueda ampliar su esfera de acción. Por nuestra parte desde ya, ofrecemos todo el concurso de nuestra propaganda en pró de sus progresos y para que el pensamiento de sus directores pueda desarrollarse en la forma amplia que lo requiere el país.

El Campamento Escolar de Piriápolis

FELIZ éxito ha alcanzado la iniciativa de la Comisión Nacional de Educación Física inaugurando, para un reducido núcleo de alumnos de las Escuelas Primarias, el campamento escolar de Piriápolis, en carácter de ensayo. Los resultados magníficos obtenidos, harán, sin duda alguna, que ella se incorpore, definitivamente y con carácter permanente al programa pedagógico de nuestra enseñanzas y prácticas de nuestra escuela gratuita, como complemento valioso de otra iniciativa floreciente, como es la de la escuela al aire libre que funciona desde hace algunos años dentro de los límites urbanos de la ciudad, para los niños de débil complexión física o de reconocida predisposición de retardo mental.. Esos campamentos en los más hermosos parajes de nuestro territorio, deben multiplicarse y si posible fuera establecerlos con carácter permanente, con sus instalaciones propias, para que en las épocas propicias del año, el mayor número de alumnos de las escuelas públicas disfrutarán de gratas vacaciones en las que recuperarían energías gastadas en el transcurso del período escolar, levantarían el nivel de sus costumbres morales, adquirirían conocimientos prácticos para la vida, y harían prácticas sociales de relación y solidaridad siempre beneficiosas. El concepto de la escuela moderna ya no es el que se refiere a proporcionar al niño los conocimientos indispensables para ser ciudadanos útiles, a través de lecturas y textos, sino también el de cuidar sus organismos para capacitarlos integralmente para las luchas por la vida. Los campamentos escolares difundidos en otros países donde la evolución ha marcado rutas nuevas en materia pedagógica, tienen una finalidad superior a la que la mayoría de la gente les señala, pues en ellos la salud del niño, recibe elementos de robustecimiento que le son indispensables para proseguir sus tareas y su organismo cobra fuerza para actuar, más adelante en las diversas actividades del país. Volvemos a repetirlo. Este feliz ensayo de la Comisión Nacional de Educación Física, debe incorporarse definitivamente a nuestro régimen escolar, para el porvenir de las generaciones que han de intervenir, en el futuro, en la grandeza y prosperidad del país. Lo que se invierte en su sostenimiento se ganará, con exceso, en la disminución de elementos de precaria salud y en la inversión de dinero que requieren nuestros hospitales.

La Semana de libertad

FICCION hermosa de libertad y holgura la de esta semana del turismo, que nos hace ser libres y dueños de nuestras acciones durante ocho días. Los ricos, los poderosos, no pueden comprender toda la belleza que tienen estos ocho días de descanso, como lo pueden experimentar los que, sometidos todo el año al trabajo, o a la vida de privaciones que agobia a los desprovistos de fortuna, pueden, en estos días de vacaciones, descansar en la estancia donde unos parientes le brindan hospedaje, o disfrutar con unos amigos de las bellezas de las playas o de los campos criollos, tan emotivamente sugeridores. Por unos días nos consideramos liberados del abrumador quehacer de cada hora de la vida monótona que la capital ofrece al periodista, al empleado, o al oficinista, y es la "semana del turismo", como un carnaval de ideales, en que la Vida nos finge un disfraz de poderío y de dicha, que termina como el Carnaval, con la caída del antifaz. Sin embargo, como sucede también en el Carnaval, la suerte dispone en ocasiones que un rayito de dicha quede prendido entre nuestras manos que jugaron a las máscaras, y de esta corta semana de descanso y placer, restanos en ocasiones, el dulzor en los labios para toda la vida..

Una sorpresa

EL año pasado se lo había dicho. —"El año que viene, en la semana del turismo le daré a Vd. una sorpresa" — y ella esperaba desde hacía un año, que al llegar Juan en la semana del turismo, a la estancia de sus parientes, le traería a la dulce vecinita que el año anterior le había hecho pasar tan bellas vacaciones, la amable sorpresa de una declaración de amor...

Y así habían transcurrido aquellos largos doce meses de la niña, en la campaña criolla, sola entre sus viejos y los criados, con el pensamiento prendido en Montevideo, ciudad que se le representaba a ella inundada de luz, como una llama viva, con unos edificios muy bonitos, y en medio de todos, una Universidad grande, vetusta e imponente, donde todos los días entraba la hermosa figura de su Juan. Y aquel año precisamente terminaba la carrera... y era cuando tenía que darle "una sorpresa".

Y llegó el día en que Juan regresaba, y la niña enamorada fué a la estación con los parientes que iban a tenerlo de huésped durante la semana del turismo, y fué temblando de emoción y el corazón saltábale en el pecho como un roto reloj que volase sobre el tiempo para volver sobre las horas impaciente.

De pronto llegó el tren y descendió Juan dando la mano a una mujer encantadora.

Apenas se acordaba el viajero del nombre de la niña, que absorta lo miraba llegar, y poniendo la mano sobre la de su compañera, le dijo a la doncella: "Tengo el honor de presentar a Vd. a mi esposa".

Y la pobre enamorada, se inclinó temblorosa, ante aquella cruel e inesperada "sorpresa..."

El regreso

NOS imaginamos a el Comandante Franco y sus compañeros de regreso a España en el barco argentino que los conduce, y lo vemos con la imaginación dando con el pie desesperadamente sobre las tablas de la cubierta, para animarlo a apresurar la marcha.

Los hombres que han volado en viaje vertiginoso a través de las nubes que han dejado tras sí los soles y los mundos; que han sorprendido a los astros en su despertar, y han cerrado los ojos a la Luna cuando las nubes se tornaban negras, deben estar pasando unos días de brumosa desesperación, sobre las tablas ajustadas y duras de un barco de guerra.

El viaje de Franco y de sus compañeros es solo semejante, al que haría un automovilista premiado en las correras, obligado a atravesar el desierto montado en un camello.

Ese viajero desventurado tocaría en vano al pesado animal, lo pincharía lo estremecería en su aburrimiento desolado. Creemos natural que los aviadores españoles sueñen con volar, y sujetando con sus manos nerviosas la borda del buque de guerra, traten de hacerlo girar, y torcerse cara al cielo con la esperanza hermosa de salir volando una mañana montados en las parcias como un extraño avión.

Compensación

Quejábase uno del cansancio de un largo viaje que había hecho a pie. Sócrates le preguntó:

—¿Os ha podido seguir vuestro esclavo?

—Sí — respondió.

—¿Llevaba algo? — volvió a preguntarle.

—Llevaba una maleta al hombro.

—¿Y se quejaba del viaje?

—Nada; de manera, que así que llegamos le envié a evacuar algunos encargos.

—Con que tenéis sobre vuestro esclavo, prosiguió Sócrates, la ventaja del nacimiento y los bienes; y él tiene sobre vos la de la naturaleza. Vos sois rico y libre, pero débil y afeminado. El es pobre y esclavo, pero fuerte y robusto.

Decid ahora, ¿cuál es más dichoso?

PARA EVITAR LOS ROBOS EN LA VIA PUBLICA



El cajero de una gran tienda americana, se dirige a depositar el dinero en un banco

EN YANQUILANDIA

Un método práctico inventado por los americanos para evitar los accidentes del tráfico dominguero. En vez de correr los autos, corre el paisaje.

LA VENTA DE LOS HIJOS

Salomón era un pobre leñador, tan pobrecito, que en las aldehuelas del bosque, cuando quería ponderarse la miseria de alguno, decían: "Es más pobre que Salomón".

Como tenía unos puños de hierro, trabajaba de sol a sol; pero apenas conseguía ganar para pan, porque el buen hombre había de saciar el hambre de nueve hijos; así, él nunca vió saciada la propia pues para comer siempre aguardó a que terminasen sus retoños, a fin de recoger las sobras, y las sobras de aquellos valientes con estómago de lobeznos solía ser la cazuela.

Cierto atardecer de estío estaba Salomón dándole al hacha y más preocupado que de costumbre: una arruga tan honda como el tajo hecho en el tronco cortábale la frente; su mujer, para celebrar el día del Patrono, le había regalado dos mellizos. ¡Once hijos! ¡Trece bocas!... Salomón no era supersticioso; pero temblaba repitiendo: "Trece bocas!... ¡Si no podíamos comer los que éramos, ahora!".

Tan caviloso se hallaba, que no sintió a una viejuca acercarse por la senda con el paso cauto de un lagarto.

— Buenas, Salomón.

— Hola, señora Fulgencia.

Señora Fulgencia era menuda, terrosa y arrugadita como una chufa.

— En hora buena, hombre. ¿Te han nacido dos hijos?

Salomón no respondió; sacudióle un hachazo al árbol, como si hubiese de vengar en él algún resentimiento grave,

La vieja siguió:

— Los hijos son la gloria del hogar; casa donde hay hijos, hay alegría...

El hombre respiró hondo, con un sollozo que le hinchó el pechazo de titán. Cierto que él sabía de matrimonios en que marido y mujer andaban zarpa a la greña por faltarles la sonrisa de una boquita infantil. Salomón siempre gozó de paz en su choza: trabajaba silbando tan alegremente, que su mujer decíale que, en lugar de sesos, tenía un mirlo dentro de la cabeza. Sí. Los hijos dan luz a la casa; pero... ¡trece bocas, Dios mío!

El leñador se formulaba esta pregunta: "¿Por qué el Señor repartirá más criaturas a los pobres que a los ricos?".

Como si Fulgencia conociese la ruta de sus pensamientos, dijo:

— ¡Tú tantos y yo ninguno!

La vieja era viuda y gozaba fama de rica en el valle. Salomón era incapaz de envidia; pero la miró de reojo, sin dejar de darle duro al hacha.

Ella dijo, con una sonrisa en que las arrugas de su cara temblaron levemente:

—¿Me quieres por madrina? No lo perderán tus hijos...

Salomón dejó el hacha, y la miró ahora con ojos de gratitud. La vieja buscó bajo sus sayas, y de una honda faltriquera sacó un pie de media, y de dentro unas monedas de oro, de plata. Tomó una.

— Ten, para que pagues el bautizo, hombre.

El leñador llegóse para besarle la diestra y dejó en ella un lagrimón más ancho que la moneda; a tiempo que iba a retirar su mano, la de la vieja, que oprimía el oro, le atrajo a sí, con movimiento también, y casi al oído, como si temiera que pudiese escuchar una urraca que saltaba cerca sobre el césped, le dijo:



— ¿Por qué no me das esos hijos? Tú tienes muchos; yo te daría por ellos este oro... Así, no pasarías hambre...

Salomón quedóse con la boca y los ojos muy abiertos, como un tonto, mirando la risilla de miel de señora Fulgencia, que parecía resquebrajarle la cara de pergamino; aunque reía, no hablaba de burlas.

— Conmigo — añadió — nada ha de faltarles. Tú te descargas de este peso y llevas a tu gente un poco de bienestar.

Y los dedos de la vieja repicaban en su faltriquera, que sonaba igual que una campanilla de plata.

El leñador tenía las orejas muy coloradas, síntoma de profundas cavilaciones; restregó sus manos una contra otra con tal fuerza que en sus brazos nervudos el cordaje de las venas hinchóse, palpitó como un haz de sierpes. Con la cara muy enfurruñada, cual si de pronto hubiese cobrado antipatía a la viejita de la risa suave:

— No sé... Yo lo hablaré con mi mujer — dijo.

Habíase sentado en tierra, con las manazas cruzadas sobre las rodillas, y sus ojos seguían los saltitos de la urraca, que picaba aquí y allí, buscando como por juego la comida de la nidada; de vez en vez mirábale el pájaro, ladeando la cabeza, como si le dijese: "¿Ves, tonto, qué fácil es procurarse la pitanza de la familia?..."

La viejuca sentóse al lado del buen hombre y le habló en voz bajita, metiéndole el hocico de cabra en la oreja; tan bajito platicaba, que la urraca, aunque andaba a la escucha, no podía entender una sílaba; sólo oía de vez en cuando la voz de Salomón que decía con más débil resistencia:

— Como la mujer quiera...

Si Salomón tenía un mirlo en la cabeza, Juana, su mujer, llevaba un nido de ruiseñores dentro del pecho, a cuenta de corazón; porque su habla sonaba como un gorjeo de risas, como el charloteo fresco de un manantial. Era pequeña, redonda y coloradita como un madroño, y su risa aún la volvía más coloradita. Reía por todo, agradable o adverso: porque la cigüeña le traía dos hijos; porque en el molino le decían que no le fiaban más; porque las golondrinas habían hecho su nidal en el techo de la choza...

Ella fué, sin duda, la primera que dijo aquello: "En casa no comemos, pero nos reímos mucho..."

Cuando aquella noche Salomón volvía del trabajo, de lejos vióla sentada en el umbral de su hogar; subía al cielo una cintita de humo; ella tenía un hijo en cada pecho y sosteníalos contra sí cruzando sus brazos, trenzadas las manos sobre el regazo.

Salomón la oyó reir y oyó las risas de los hijos, que era como el saltar de muchas fuentes: aquella alegría bajo el lucero vespertino, en el silencio inefable, tenía la pureza y la dulce sencillez de un villancico de Nochebuena; pero al leñador hirióle como un dardo, y la arruga honda de su frente se hizo más honda.

Al decir él "¡Ave María!", ella alzó la cabeza, extrañándose, porque creía que era otro que el marido quien se acercaba.

— ¿Eres tú?

— ¿No me conoces?

Ella se excusó:

— Como no te oí silbar...

Porque siempre, de lejos, silbaba, y los hijos corrían a abrazarse a sus piernas, a su cuello; él llegaba a la choza cargado con todos ellos, y era como un árbol fuerte cargado de frutos...

— ¡No conocí tu voz!

El dijo que era su voz de siempre, pero mentía; porque a él mismo le pareció la de un traidor.

Metió su mano en la faja y sacó el pañuelo para enjugarse el sudor, y cayó una moneda; una de las criaturas la recogió y él se la quitó de un manotazo.

Juana le miró despacio, con la risa inmóvil en su boca; él huyó los ojos, bajándolos a sus hijos mellizos, sin darse cuenta; pero los cerró enseguida...

— ¿Qué te pasa, hombre? — le interrogó dulce, pero seria, sin aquella su risa de siempre.

— ¡Qué quieres que me pase! — dijo. Y otra vez él mismo vino a extrañarse del tono brusco de su acento.

Ella le miraba atentamente.

— ¿Has pedido dinero a cuenta?

— Sí... Es decir... Me dió algo la señora Fulgencia para el bautizo de éstos...

Era verdad; pero lo decía como si fuese mentira.

— ¿Y por qué lo escondes?

Cierto; sin darse cuenta, tras arrebatarle la moneda al pequeño, la había hundido en su faja.

La mujer ahondaba en los ojos del leñador; él hizo ademán de sacar la moneda, y su mano torpe de nuevo dejóla ir, y cayó en tierra cerca de Juana; sobre el césped verdinegro brillaba como una estrella; la mujer dió un grito:

— ¡Oro!

Miró a su marido, pálida como la luna; pensó... Nada. No lo pensó; pero tuvo el instinto de algo muy grave..., de un crimen.

— ¿Qué has hecho?

El, entonces, en lugar de disculparse, rompió a llorar.

Y ahora, como ya no fingía, como se dejaba ver hasta el fondo del alma, su mujer lo reconoció y se dijo sonriendo: "¡El pobre no puede haber hecho nada malo...; pero ¡algo malo le pasa!..."

Y aunque sus ojos, al ver llorar al gigante, se llenaban de agua, el nido de pájaros que había en su corazón despertó, y rompió a cantar...

Cuando el leñador, entre hipos, terminó el relato de lo ocurrido con la señora Fulgencia, resollaba fatigosamente, y el sudor caíale por las sienes, como si acabase de derribar el más alto pino de la selva.

Juana había escuchado en silencio, los mellizos dormidos al calor del seno; ahora había vuelto a enmudecer el ruido de su corazón, y por sus mejillas blancas, que la luna hacía marmóreas, bajaban las lágrimas como las estrellitas fugaces bajaban del cielo a perderse en el bosque.

— Quieres decir que has vendido a tus hijos.

Salomón negó con firmeza; él, que nunca dijo más de seis palabras seguidas, ahora, habló atropellada, vivamente, defendiéndose, con un raudal de verbo que por vez primera acudía a sus labios. ¡Era padre, y amaba a sus hijos! Por ello quería defenderles de la miseria, la loba negra que sentía aullar cada noche alrededor de su cabaña. La tía Fulgencia tenía dinero; con ella no conocerían jamás el hambre; aquellos hijos traerían a su casa el pan para los hermanos. Cuando la vieja muriese, ellos volverían a sus padres con la hacienda de la madrina... Los padres, entonces, irían ya para viejos; podrían descansar. De otro modo, ¿qué? ¿Qué podía hacer él? ¿Desgarrarse el pecho para darles a comer su carne?

La mujer escuchaba; de vez en vez quitaba los ojos del marido, ponía los labios en la cabeza de un hijo, y luego en la del otro; sentía que el marido tenía razón.

Su mirada sondaba allá dentro de la choza, donde en torno a un plato nuevo cabecitas voraces inclinábanse y nueve bocas se abrían insaciables, como las de los gurriatos cuando llega la madre con la miga en el pico...

Ahora él hablaba con toda autoridad, y ella escuchaba humillando la frente, apretando los labios contra una de las criaturas para ahogar un sollozo. La voz del varón sonaba grave; cuando calló, ella dijo, obediente:

— Hágase tu voluntad.

Un grillito que cantaba cerca, como si llevase el contrapunto de la voz grave, al callar la voz, calló también. Ahora, en el gran silencio de la noche, sólo se oía, como el latido de la selva, el canto del buho.

El leñador miraba a sus mellizos, como consultándoles; ellos dormían, ajenos a todo cuidado...

La luna abríase en el cielo como una magnolia; un fuerte olor de resina, de vida bravía y sana, saturaba la noche; el hondo rumor de un regato era como el pulso del bosque dormido.

En casa del leñador había camisas, había pan, había vino; lo que no había, aunque el sol envolviese en su bandera de oro la cabaña, era luz. No silbaba el mirlo en la cabeza del leñador, ni en el pecho de su mujer cantaban los pajaritos... ¿Por qué?

Los gemelos crecían robustos, dichosos, allá con la señora Fulgencia; la mejor cabra de su establo era la nodriza de los pequeños. De la abundancia de éstos, algo alcanzaba a sus hermanillos; y, sin embargo, los padres no eran más felices; él se cansaba a la segunda hora de trabajo; ella había perdido los colores de su cara. Uno y otro sorprendíanse muchas veces en mudo monólogo.

— Qué te pasa, hombre?

El se encogía de hombros.

— ¡Parece que te hayan echado mal de ojo—

Juana iba muchas tardes a ver a los mellizos; pero él nunca quiso acompañarla. Cada vez parecía más caído, más preocupado; era como si el mirlo cantarín hubiese volado y en su lugar hubiera ahora un gusanito que roía, roía, como la carcoma de la madera vieja.

Juana llegó a temer si los dineros de la madrina servirían para hacer su infelicidad. Una tarde, cuando él, la cabeza caída, llevando a rastras el hacha, dijo: "Hasta la noche", ella le siguió; vióle llegar a un cabezo del valle, en donde estaba la corta, y ponerse a la faena con ardor; allá enfrente, sobre una loma verdegay, veíase la casita de la vieja Fulgencia. Juana advirtió cómo la mirada del leñador iba hacia la loma cada vez que alzaba los ojos del tajo; a veces quedábase inmóvil, fijo allá lejos; luego volvía a darle al hacha tan rudamente que parecía aquella otra tarde cuando la madrina fué a proponerle la venta.

Juana sonrióse, y se le levantó el pecho con un suspiro de alivio. La conciencia de Salomón no reprochaba al leñador ninguna codicia torpe; él, con el oro de la vieja, no había bebido un sorbo de vino, ni había tuneado una sola vez en la taberna; trabajaba como antes, y comía, como siempre, las sobras del puchero familiar; su mujer ya lo sabía; pero... un punto desconfió del pobrete... ¡Infeliz! ¡Era más bueno que el pan bendito!

Escondida según estaba tras un tronco, tuvo tentación de hacer "cucú", como solía hacer para que él la buscase, y, mientras andaba a escudriñar por un lado, saltar ella a otro y escurrírsele como una ardilla, para desazonarle, y un poco antes de desesperarlo, soltar su risa al viento y salir corriendo y lanzarse a sus brazos, porque él la cogiese y la levantara como un brazado de tomillo y, puesta sobre su hombro, la llevase a casa...

Se contuvo, y en lugar de cantar "cucú", púsose muy seria; sentóse en tierra, y mucho rato tuvo ceja con ceja, como si un hondo pensamiento torturase su cabeza de alondra; súbitamente levantóse y fuése, ocultándose de él trocha arriba, hacia donde miraban los ojos del leñador. En la vuelta del sendero había una cruz de piedra con una Virgen; dicen que muchos años antes unos lobos en aquel paraje le salieron al paso a una niña que volvía del molino con la tabla de pan sobre la cabeza; ella, para escapar del peligro, arrojóles un pan tras otro; pero las bestias seguíanla siempre, y ya sentía la niña su aliento de fuego en la nuca cuando se encomendó a María: la Señora aparecióse y cubrióla con su manto azul, ocultándola, y los lobos se fueron aullando. Juana imploró con la fe ingenua de la niña salvada: "María: dadme luz"; y segura de sí misma, la risa en los labios, encaminóse a la casita de la vieja Fulgencia.



Salomón, el hacha al hombro, volvía a su choza; allá arriba, en lo azul, el lucero de la tarde hacíale guiños que él no comprendía...

De lejos sorprendióle la risa de su mujer, la cantarina risa de otro tiempo. Se detuvo y cerró y abrió los ojos, porque dudó si estaría soñando... Sí. Era su mujer; eran los pequeños; era la batahola querida que se producía cada noche cuando ella anunciaba: "Ahí viene padre", y los hijos corrían por ver quién llegaba el primero, y según lo alcanzaban iban colgándosele de los hombros, de los brazos, de las piernas; avanzaba el trabajador feliz con el racimo de hijos, que le abrazaban como una hiedra llena de pájaros...

¡Y esta noche acudían los hijos y se colgaban de él, como antes, y entre las voces de los niños había un trino nuevo... Y sobre todas, la risa de la mujer:

— ¡Que tiráis a vuestro padre!

— ¡Padre, padre! ¡Los chicos!

— Los chicos!...

Los mellizos, sí; allí estaban en el regazo materno, como dos rosas, sobre las rosas de sus senos, y ella mirando al marido, parpadeaba muy aprisa, como el lucero de la tarde, y reía con una risa tímida, como si no estuviese completamente segura de haber obrado bien ..

— Los he traído — dijo — porque tú no vivías..., y yo tampoco. Serán pobres..., como nosotros; comeremos o ayunaremos, pero todos juntos, como Dios manda. A la vieja ya la pagarás lo que nos dió, y si no puedes, no la pagues. Yo no sé si he hecho bien o mal, marido; pero el corazón me lo pedía...

No acabó de hablar; él tomóla en brazos con los frutos de su vientre, la alzó en vilo con un grito de amor.

— ¡Hombre! ¡Que me tiras! ¡Que nos caemos! ¡Que no puedo agarrarme a tu cuello!...

Pero él la alzaba; abrazándola, como una bandera sobre su cabeza; y los hijos, quién de un brazo, quién de una pierna, colgaban del leñador como una guirnalda gloriosa...

— ¡Bendita seas, mujer!

(Soportando el peso de todos los que amaba era feliz).

Salomón el gigante y Juana la risueña siguieron amándose mucho — ella le cantaba "cucú" muy a menudo —, y aún juntaron otros tantos hijos y siempre fueron felices, aunque jamás se vieron hartos, y quizá por ello mismo muchas veces en la cabaña ninguno tuvo camisa; pero hay una Providencia para los pobres leñadores y los pajaritos del cielo y nunca les faltó unos granitos de trigo...

¡Lástima que esta Providencia buena actúe casi por modo exclusivo en los cuentos!...

Cierto que también la bondad se halla ya casi únicamente en los cuentos...

¡Es doloroso, lectorcito mío, que los humanos no se decidan a vivir la vida en cuento de hadas, un lindo cuento azul..., en lugar del cuento verde... y negro que suele ser la Historia!...

R. Martí Orbera.





NO puedo ver un rubí sin extremecerme de terror.

Al oir de labios del más famoso joyero de Londres, tan extraordinaria declaración, un coro de voces se elevó pidiendo el relato.

—Fué en mi lejana juventud, en la época en que no retrocedía ante nada para satisfacer mi pasión favorita, cuando recibí la invitación de ir a Francia a un viejo caserón aislado en una playa bretona, donde podría adquirir joyas muy valiosas de manos de un antiguo marino, conocido por "el pirata".

Llegué en una tarde invernal, a la hora de un crepúsculo sombrío cuando la casa parecía más tétrica, más abandonada que nunca.

Hecha en piedra tosca elevábase maciza, sobre un promontorio cubierto de fina hierba amarilla, que la arena, invadiéndolo todo, hacía desaparecer.

Dejando el coche al pie del peñasco, trepé difícilmente hacia la casa y al verla cerrada y muda, sentí deseos de volver atrás, abandonando el lucrativo negocio que la carta prometía.

Una inexplicable angustia se apoderó de mí al ver alejarse el carricoche que me condujera y la niebla que comenzaba a envolverlo todo, aumentaba mi malestar; por una extraña alucinación creía ver fantasmas que flotaban en el aire, parecíame que una irritada mujer se oponía a mi paso, un irrazonable impulso de alejarme me asaltó y solo por un esfuerzo de voluntad me decidí a llamar.

Terribles ladridos respondieron a mis golpes y el ruido de pesados cerrojos que se descorrían me probaron que algo se temía en la solitaria casa de la playa.

Una mujer pequeña, de tez cobriza, una siamesa de dulces ojos negros, introdújome en el salón, donde, medio sepultada entre almohadas dormitaba una anciana.

Esperaba encontrarme con un viejo marino, audaz navegante ayer y cuyas hazañas encubiertas bajo el manto de un honrado comercio, habíanle procurado la regia fortuna de la cual me hablaba mi abogado, no ocultando la sospecha de que mezclados al brillo de las piedras había sangre y lágrimas, y la presencia de una mujer me sorprendió grandemente.

—Soy la viuda del capitán Harmont, dijo la señora que conoció mi asombro, no acostumbro a recibir a nadie, pero, siento que voy a morir y antes de hacer mi testamento quiero conocer el valor exacto de las joyas que poseo.

La mujer que me franqueara la entrada no había abandonado el salón y se ocupaba en alumbrar una lámpara votiva que ardía en un vaso chino, ante un maravilloso crucifico de bronce que valía una fortuna y al oir las palabras de su ama dejó escapar la alcuza del aceite y un invencible espanto se pintó en su rostro, hasta entonces impasible y frío.

La vi temblar convulsivamente tomando entre sus dedos un amuleto que pendía de su cuello y alejarse precipitadamente, al advertir que yo la observaba.



—¡Pobre Ramaya! va a orar, siempre lo hace cuando se aterroriza, no ha olvidado sus dioses que reinan aquí junto con Cristo y siempre me pregunto en que manos están los dones si en las abiertas del crucifijo o las enigmáticas del impasible Budha.

Parecíame la anciana una mujer cultísima y el extraño ambiente en que vivía, había influido en sus maneras y hasta en su físico.

El salón donde nos encontrabamos, era enorme, fantásticamente iluminado con velones de cera, que ardían en extraños candelabros de heterogenea procedencia, arrancando fulgores a las armas que pendiendo del muro permanecían en la sombra.

Sobre la mesa, bajo un fanal de vidrio, una copia diminuta del "Rayo", el barco pirata, terror de isleños y navegantes, era un constante recuerdo de la vida pasada, nada faltaba en él y sobre el puente de comando, parecía verse aún la hermosa figura del capitán de barba cuidada y ojos de águila, cuya efigie admiraba entre un vaso egipcio y una pintura mural arrancada de un friso sabe Dios donde.

Afuera rugía el viento, desencadenado repentinamente y los ladridos del perro resonaban siniestros en la soledad de las dunas.

—Verá Ud. joyas maravillosas, dijo mi huésped, hay perlas y záfiros, diamantes y un rubí soberbio, arrancado de la frente de una virgen sacerdotisa, en un templo profanado.

Mientras hablaba empujaba un tablero de la chimenea en el cual, toscamente labrado, se veían tres Apsaras danzando y cuando tras muchos esfuerzos logró moverlo, aparció ante mis ojos deslumbrados la más soberbia colección de joyas que viera en mi vida.

El rubí atrajo de inmediato mi atención y la irradiación de sus luces apagó el brillo de las demás, él solo lo llenaba todo, había algo sagrado en la piedra deslumbradora.

—¡Es magnífico! ¡parece que tiene alma, creeríase una gota de sangre que vive para ser espejo del sol!, brotaban de mis labios las exclamaciones admirativas y extasiado la contemplaba cuando la anciana presa de terror pánico la arrancó de mis manos, al mismo tiempo que entraba la siamesa, diciendo enloquecida:

—¡¡El mar está creciendo!!...

Había en su voz el mismo terror que demostró su ama y ambas corrieron a refugiarse en el piso alto, seguidas por mí, fuertemente intrigado por el inexplicable espanto de las mujeres ante un fenómeno tan común en las playas.

Ramaya, trémula, y balbuciente, contome la trágica historia de sangre y pillaje, y ante el mar que se encrespaba y rugía surgieron ante mí los esplendores de Anghoa las maravillas del templo secular que abrió sus puertas a la oración.

Desbordaba de concurrencia el magnífico templo y nadie sospechaba que entre la multitud idólatra, mezclados a las mujeres y guerreros una horda de bandidos extranjeros se ocultaba más ¿quién iba a desconfiar de ellos si sus ofrendas de flores y frutas son las mejores, si su frente al inclinarse ante los Dioses ocultaban el fuego perverso de sus ojos?

Ya los sacerdotes vestidos con el cándido ropaje de lino, habían probado el arroz sagrado, ya se habían elevado las más fervorosas invocaciones y el templo permanecía tranquilo y sobre su trono de oro dormitaba un joven príncipe, mientras espera la señal que conmoverá a todos y cuando ella sonó prosternáronse todos reverentes y ven al alzar sus frentes, dieciseis vírgenes, dieciseis sacerdotisas que avanzaban danzando hacia el altar.

Cubiertas sus cabezas con las altas tiaras de las Apsaras, cubiertas de pedrerías, rutilantes, deslumbradoras inundaron de agua lustral el altar sagrado y fué entonces cuando, ciegos, insensibles al misterio grandioso, a algo inmenso que se desprendía del templo divino, como el león sobre su presa cayó el capitán Harmont sobre la virgen codiciada la sacerdisa que llevaba en su frente el rubí maravilloso, símbolo del poder supremo.

Cuando vuelven de su sorpresa, príncipes y sacerdotes, ya están muy lejos los raptores rumbo al mar, donde les aguardaba la impunidad.

Llevada a bordo del barco quiere el capitán hacerla su esposa, y la virgen sin un lamento, sin una protesta viste el traje nupcial y cuando el pirata aguarda la dicha, la espantosa maldición se abate sobre él: "¡qué cada vez que alguien admire el rubí, mi sangre viva, que se convierta en olas furiosas que lo arrasen todo!..." y clavándose un puñal en el pecho cayó muerta a sus pies.

Mientras hablaba, el mar seguía creciendo; embravecidas olas golpeaban la casa y el espíritu de la Apsara clamaba venganza con la voz del viento que ululaba en la landa desierta.

De pronto vi a Ramaya elevar sus brazos al cielo pronunciado, una fervorosa invocación y antes que pudieramos evitarlo se precipitó en el mar enfurecido que al recibir la ofrenda de su vida, calmose repentinamente, comenzando a retroceder y poco después nada quedaba del terrible maremoto que asoló la costa de Francia.

Fué una noche terrible la que pasé entre el dolor de la anciana y los aullidos del perro que llamaba a la muerta.

A la mañana siguiente, sobre la costa, yacía el cuerpo de Ramaya, a la que enterramos en el promon-



torio adornada su frente con el rubí de la vengativa Apsara que nadie volverá a admirar jamás.

Ivy

Primer centenario de los ferrocarriles

Cuatro ciudades se disputan la honra de haber sido las primeras de Inglaterra que establecieron el servicio de ferrocarriles de vapor para el transporte de pasajeros: Dárlington, Stockton, Yarm y Shildon, aunque parece cierto que el primer ferrocarril inglés fué el de Stockton a Dárlington, inaugurado en la citada fecha, y que actualmente forma parte de la red Londres-Noreste.

Ciertamente no fué ésta la primera "vía férrea", establecida en Inglaterra, porque ya en 1805 se fundó la línea Wandsworth-Croydon para el transporte de mercancías, en la cual los carruajes corrían sobre rieles de hierro, pero iban arrastrados por fuerza animal, como lo fueron luego los tranvías. La línea Stockton-Dárlington había sido ideada para que los carruajes fuesen arrastrados por caballos, pero Jorge Stephenson inventó la locomotora de vapor antes de que se terminara el tendido de la línea, y obtuvo permiso para que se aplicara en este ferrocarril, que al principio sólo se empleó para transportar mercancías.

La conmemoración del primer centenario de la inauguración del primer ferrocarril se celebraba en Bidge Road (Stockton), donde se vendió el primer boleto, el 27 de Setiembre de 1823.

DEL HOMBRE

El hombre que no tiene inteligencia más que en cierta medianía, es todo un hombre serio; no se ríe nunca, no chancea jamás, no saca partido de la broma. Tan incapaz de elevarse a las alturas como de ajustarse, ni aun por pasatiempo, a las cosas insignificantes, apenas sabe jugar con sus hijos.

Todo el mundo dice de un fatuo que es un fatuo, pero nadie se lo dice a él mismo; por lo tanto muere sin saberlo, y sin que nadie se haya vengado. — *La Bruyère.*

Del momento

El milagro de Don Cástulo



Como tipo de cazador, difícil hallar otro que se parangonara a don Cástulo, comerciante en el ramo de puntillas, pasamanerías y botones, que el sábado de tarde tomó el ferrocarril acompañado por otros varios futuros asesinos de volátiles rumbo a no sé que punto de la campaña.

Don Cástulo llevaba unos botines formidables, con puntas de acero en las suelas, gruesas polainas de cuero, protectoras contra el colmillo de las víboras, traje de pana dotado de quince o veinte bolsillos, y un sombrero de explorador africano, de cuyas alas pendía una especie de toldo blanco que abarcaba casi toda la circunferencia del monumental adminículo.

Sobre la casaquilla un cinturón repleto de cartuchos, un morral, una cantimplora, un cuchillo de monte y un hacha, — para abrirse camino entre las selvas vírgenes — una mochila rellena de cubiertos, platos de aluminio y vasos plegadizos, y puesta en bandolera la escopeta de dos caños, cuidadosamente enfundada dentro de una serie infinita de telas impermeables.

Ropa para mudas, botiquín y repuestos varios, reposaban en una infladísima balija, que fué a parar al furgón de equipajes.

Debo advertir que todo era nuevo en hoja, pues por primera vez en su vida don Cástulo hacía abandono de las puntillas y pasamanerías, para dedicar sus actividades a las peligrosas expediciones cinegéticas.

Eso sí, no llevaba perro. Y no lo llevaba porque don Cástulo había declarado en las sesiones preparatorias de la expedición, que él, careciendo de práctica, no se dedicaría a la caza de perdices, — a menos que las hallara quietecitas y a diez pasos — sino a la de esas aves que por lo general andan surcando la atmósfera o reposan de sus fatigas encaramadas en los postes telegráficos o grandes árboles de los bosques.

Llegaron tarde al campo de operaciones, cenaron, fuéronse a la cama, y al día siguiente muy temprano emprendieron la batida.

Es decir, los otros salieron una hora antes, porque don Cástulo demoró una eternidad, abrochándose los botines, las polainas y el correaje, y acomodando en su sitio la cartuchera, el morral, el hacha, el cuchillo, la cantimplora y la mochila.

Pero partió al fin, con paso gimnástico, avizor el ojo, y blandiendo la cargada escopeta en su mano derecha, con dirección al monte más cercano.

La mañana era fresca, pero don Cástulo, agobiado por el peso de toda su indumentaria y armamento, llegó cansadísimo y sudando a mares al sitio que pensaba sembrar de ruina y desolación con el estrepitoso vomitar de su escopeta, de modo que optó por concederse un descanso y un trago de cogñac, que estrajo de su cantimplora.

Después, ya repuesto, echó una mirada a los árboles, por ver si entre el ramaje descubría oculto algún volátil.

¡Nada, ni un miserable pajarito!

Levantábase para seguir escudriñando la maleza, cuando de pronto quedose estupefacto, paralizado.

¡Allí, erguida sobre un poste, mirándolo fijamente, se hallaba inmóvil una soberbia lechuza!

Entonces don Cástulo, con gran sosiego y prudencia hincó una rodilla en tierra, amartilló la escopeta, y púsose a apuntar al bicho detenidamente por más de dos minutos.

¡Pluuumm! — Fué pavoroso el estruendo, porque don Cástulo, en su ofuscación, había apretado los dos gatillos, y tan terrible fué el culatazo que el hombre creyó que se le derrumbaba la clavícula derecha y parte del pescuezo. Pero pronto reanimose y miró al poste donde estaba parada la lechuza.

¡Casi le dá un patatuz! En lugar de ninguna lechuza, erguíanse allí dos, la primitiva y otra que problablemente había surgido de un agujero del poste, y ambas lo contemplaban socarronamente, guiñando con malicia sus redondos y amarillos ojos.

Don Cástulo está de vuelta en Montevideo, instalado en su casa de puntillas, pasamanerías y botones, y además de tal factura, ofrece a sus marchantes, como pichincha, una escopeta y un traje completo de cazador, con innumerables accesorios.

Martín Chico



Donato. —

"Nunca, nunca a de volver!
Su esposa, la esposa celosa,
Mira recelosa,
Lo que aquí a pasado
Con su bien amado
Y a manifestado: "las Americanas
Si me lo descuido
Lo van a atrapar".

¡Salve, Franco, salve!
Se le nota a este Donato
Un profundo olor a gato.

V. T. M. —

"Mi astro fué tu alma; mi astro luminario
Que con sus claridades me vislumbró"

Por rimar con solitario,
Puso astro luminario,
Y sepa, poeta ripioso,
Que se dice luminoso.
¿Y sabe que es vislumbrar?
Vislumbrar es divisar
Apenas alguna cosa...
No ocupa usted ni un lugar
En el alma de la hermosa.

Lucy. —

"Yo siento acercarse la estación propicia
y así, toda entera,
palpito y me ofrezco—rival de los campos —
desde el blando surco de las sementeras,
pródiga de dichas y ensueños de arado..."

Aquí tenemos arado
Y hasta un semillero bueno,
Pero no agarramos viaje
Sin conocer el terreno.

Solo. —

"Nada me dejó, todo a bolado".

Este tenía por compañera
Una muchacha albondiguera.

D. —

"Con las suaves cadenas de tus besos
Me retuviste, amada, entre tus brazos".

Mejor quedaría al revés:
Con la suave cadena de tus brazos
Me detuviste, amada, entre tus besos.

Rompefuerte. —

"Vivir es sentir, moverse es accionar,
Yo esto lo pienso con mi poco saber —
Puede que esté equivocado, si lo estoy no lo sé,
No tuve maestro que me sepa enseñar".

Ya hace rato, no se quien dijo, y cuando,
Que el movimiento se demuestra andando.

Ramón V. —

"Por eso el surco se abre
en las huellas del trabajo,
dejando todo a destajo
la falta de voluntad,
que oscurece la bondad
para dejarnos abajo". —

Conocimos un conejo
Que andaba cabeza abajo,
Y hacía todo trabajo
Valiéndose de los pies. —
Si quiere saber quién es
Vaya a mirarse al espejo.

Chichilo — Maud Allan — J. V.
No pueden publicarse.

TIPOS Y COSTUMBRES

POR SANTIAGO DALLEGRI

EL JACQUET DE DON PASCUALE

Grave y señorial, avanzaba por la acera, "don Pascuale", enfardado en su jacquet verdi-negro de las grandes ocasiones, grave, señorial y rítmico como si la cola de la elegante prenda le marcara el compás.

En la puerta del almacén de la esquina, el grupo hacíase más compacto y ávido, entregado a la fruición del comentario, e impaciente por tenerle a tiro.

No tenía intención de detenerse, don Pascuale, ante sus admiradores, de manera que, sin perder el paso, los saludó, al enfrentarlos, con un atento "¡ boena tardes!..."

Pero por fuerza tuvo que detenerse, en virtud del exceso de afectuosidad de sus amigos y admiradores.

—¡ Cómo le vá, don Pascuale?...

—¡ Que dice, tan endomingado!...

—¡ Muy elegante ché, muy elegante!

—¿ De paseo, no?

—¡ Si!... De pasegio!... da, me la ho fogado!... E apurpóseto ostede sa quiérenno divertire, stanno envetados.

—Muchas gracias.

—¡ Ma váyanno, no sianno stúpidos!

—¡ Muchas gracias!

—¡ Vanno a vedere! Haberá una orquestra típica cosmopoletana ¡ Catarra, cordione, mandolino, e la gran flauta! E no le digo a ostede nada de lo Ripartorio, ricuntato per yo personadamente. Uno ripartorio que se vanno a requebrare fina la botiglias inta la stantería! "L'organite a la sera", "La mina inta la forchela", "La langosta", "Nué-Nué", "Que linde sueño ho tenido yo adormiendo", "Guno realito al sasanta noeve", "Cachegota", "Talane, talane cu la campana", " La munerria inta lo cucuteros", "Nunca estarde sa lleyase a tiempo", "Entrase no má per adrentro", "Alfredo, me querido Alfredo", e arguno varsesito, además, cume la —Cuale?: "Nn ma güastase la pachienza?"

—No: "El jacquet de don Pascuale".

Sonriose con picardía, el italiano, mientras le aplicaba el dedo de punta, reciamente, en el abdomen al chistoso, exclamando:

—¡ No ma venise cun indoreta, per que todavía no me lo hanne ponide en disco!

—¡ Ah!, pero en cuanto le escriban la letra, va enseguida.

—¡ Pueta sere!... Ma intanto, gay que pruvechare la ocasione.

—Eso sí, tiene razón. Por que es un acontecimiento, cuando lo saca al aire libre.

—Para mí, que se pueden contar con los dedos de una mano, las veces que se lo pone al año.

Entrábase en plena corriente de titeo; pero se llevaron chasco, por que don Pascuale, en lugar de contrariarse, rectificó tranquilamente:



—¿ Y adonde vá, tan derecho?

Don Pascuale, que a fin de cuentas no necesitaba más que le dieran vuelta a la canilla, largó el chorro.

—Andaba per allá, a casa dela mia figlia maritata, ¿ sabe?... ¡ Come tute los año!... Per que ésta noche estame de cristianamiendo, ¿ sábe?... ¡ Io sono lo patrino!

El dependiente del almacén, que también escuchaba, abrió entonces extraordinariamente la boca, mientras movía admirativamente los brazos, explicándose un hecho que le sorprendiera.

—¡ Ahora ya caigo! — exclamó. Por eso encargó hoy una docena de limonadas!

—¡ Custamente!... Per que a yo no ma usta que ne farte nada! Ho incaricato, tambiene, uno barilito de cerveza, a la Cervereceria, cu la pumpa e todo que la gace salire cu la spiuma de la presione. E ademase, una canestrata de bezcocho asortidos, panedelecho, raituse, alfajore, napuleone...

—¿ Va a ver muchos paisanos suyos, entonces?

—Per lo paisano nu ne farterá, tampoco, arguna botiglia de Barbera lequítima de cuarranta ar litros.

—¡ Mírenlo a don Pascuale! ¡ Desatado como cinta de calzoncillo!

—¡ Ah! que quiere!... Io sono cosi!... Cuando ma foego la para- "Principessa de la viyuya" e "La Védova cu la cuntenteza".

—¡ Lindo programa, don Pascuale?

—Vengan per allá, no sianno stúpidos!...

—Muchas gracias.

—Ademas gay otra punta de piezas que no me ricoerdo lo títolos: Shimy, machicha zámbate, é que so yo coanta cosa más tocada a la orquestra o chifulada a lo gramutófono!

—¿ Piezas lindas, todas?

—¡ Noevas, ché! Todo seleccionade!

—Sin embargo, le juego cualquier cosa a que no tiene la última que ha salido?

—¡ Estás equivocade, ché! Per que sa puédenno contare cu la dos orrecas.

Todos miraron sorprendidos al meridional italiano.

—¿ Con las dos orejas? — interrogaron.

—¡ Si siñore! — ratificóse don Pascuale.

Y tocándose los órganos auditivos mientras enumeraba, añadió:

—Una, in Enero, coando crestianamo lo nietecite, e otra, l'aniversario de la tomata di Roma come ha decho muy biene me paisano Percontino.

Santiago Dallegri.



CONCURSO FOTOGRAFICO DE "MUNDO URUGUAYO"

SELLO DE CONTROL

Las auroras boreales

Como se sabe, la aurora boreal es producida por la acción de radiaciones eléctricas, que provienen del espacio exterior, sobre la alta atmósfera, debiendo ser atribuída la emisión de luz a materia perteneciente a esta atmósfera. M. Vegard, que ha estudiado detenidamente el fenómeno, procediendo por eliminaciones, ha llegado a la conclusión de atribuir el espectro auroral al ázoe existente, bajo la forma de un fino polvo cristalino, en las altitudes comprendidas entre 100 y 130 kilómetros, donde aparecen con más frecuencia las auroras boreales.

Este hombre de ciencia ha comprobado la hipótesis por experiencias de laboratorio, que han consistido, en un principio, en bombardear, por medio de rayos catódicos, ázoe mantenido sólido por contacto del recipiente, que lo contenía con hidrógeno líquido. El ázoe sólido, sometido a la acción de los rayos catódicos, queda luminoso más de cinco minutos después que la excitación ha cesado. Parece, pues, que este fenómeno, y, asimismo, el que constituye la aurora, es una fosforescencia.

El nuevo descubrimiento abre un nuevo campo a los experimentos, iguamente interesantes, desde el punto de vista cósmico como desde el físico. Un estudio cuidadoso permitirá determinar con exactitud las temparturas que reinan en la región de las auroras y la velocidad y naturaleza física de los rayos eléctricos cósmicos que producen las auroras boreales.

Por otra parte, si otros gases tomados en el estado sólido dan, bajo la acción de los rayos catódicos, efectos análogos a los producidos por el ázoe, se puede esperar que se llegue a la explicación de las líneas espectrales emitidas por las nebulosas, y a la adquisición de conocimientos ciertos sobre la constitución de estos astros.

Los mandamientos de la mujer

El japonés Gonnezke Komai indica para la japonesa los siguientes mandamientos que también serían de utilidad para las mujeres de todos los demás países, sobre todo para las nuestras.

Primero: Alejad de vuestros corazones le vanidad y la envidia. Segundo: Evitad visitar ociosamente iglesias y templos. Tercero: Habéis de ser indulgentes para las faltas ajenas y tratar de no cometer aun las más pequeñas. Cuarto: No ocuparse de nimiedades ni de habladurías como tampoco de ofender y calumniar a nadie. Quinto: Evitar toda desenvoltura de expresión y no hablar nunca de importantes secretos. Sexto: No olvidar nunca el respeto y cariño debido a los padres y tener siempre gratitud por maestros y maestras. Séptimo: No estimar al marido, ofende al cielo. Octavo: No debe envidiar nunca la riqueza adquirida por otros sino pensar cómo esa riqueza ha sido adquirida. Noveno: No negar nunca estimación a los que sin tener la culpa se han empobrecido. Décimo: No es propio de mujeres honestas estar pensando siempre en música, teatros y diversiones. Undécimo. Ha de evitar tener celos y mal humor, pues sólo sirven para mortificar a los demás. Duodécimo. No se envanezca por su hermosura. Trigésimo: Evitar murmuraciones de crítica sobre sus amigos y no alegrarse de la tristeza ajena. Cuadragésimo. Es sumamente censurable vestir con lujo, y dejar que vayan pobremente las criadas. Quincuagésimo: Evitar trato de confianza con clérigos, so pretexto de religiosidad. Sexagésimo: Fatal es para la mujer ser inclinada al derroche y no estar contenta con su posición social. Septuagésimo: Falta de tino es no estimar a los padres del marido.

EL OLFATO DE LOS INSECTOS

Afirman los naturalistas, que los insectos tienen el sentido del olfato incomparablemente más fino que los seres humanos.

Esta finura de olfato permite a las abejas que trabajan en una misma colmena, distinguir a sus habitantes, porque la reina tiene un olor característico, y los zánganos y las obreras poseen también un olor particular.

Esto facilita la armonía y asegura la defensa unida en caso de ataque. Las abejas saben que la reina está presente, y su presencia significa todo para las abejas en la perpetuación de la colonia.

Las familias de hormigas se distinguen también por el olor.

UN COLMO

Chésterton, el célebre literato inglés, fué considerado no sólo como uno de los hombres ingeniosos, sino también como uno de los más distraídos de la Gran Bretaña. Para contrarrestar en lo posible las lamentables consecuencias de sus distracciones, su esposa solía acompañarle siempre. Pero un día, estando ésta indispuesta, Chésterton había de dar una de sus famosas conferencias. Por más que la esposa, preocupada, le preguntó repetidas veces antes de que abandonara la casa: "¿ Gilbert, estás bien seguro dónde has de ir para dar la conferencia?" — él, al poner los pies en la calle, se dirigió hacia la estación, donde pidió un billete para Free Trade Hall. "¿ Será el de Glasgow?" — preguntó el empleado, lejos de pensar de que, por distracción, pudiese tratar del edificio de Londres.

Chésterton, en efecto, pagó su billete y se fué a Glasgow; al llegar a esta ciudad tomó un coche para trasladarse a Free Trade Hall. Pero en este establecimiento nadie sabía de la conferencia del literato londinense; de modo que éste, fastidiado por fin y desconcertado, se llegó a las oficinas del telégrafo para enviar a su esposa el telegrama siguiente:

"Estoy aquí; ¿dónde es que debo ir?"

A propósito de una palabra que el raid de Franco puso de moda: amarar-acuatizar

Los diccionarios aumentan sus páginas prodigiosamente en los últimos años. Los nuevos inventos, las nuevas cotumbres, las nuevas ideas necesitan signos representativos; pero se da el caso de que, en vez de ir la palabra, sancionada por el uso, a enriquecer el léxico, va desde la Academia al pueblo.

Este es el caso del nuevo verbo *Amarar*, que por no aceptar la palabra francesa, cosa que suele hacerse con muchos inventos, cuyo nombre conserva el de su origen, ha metido a nuestra Real Academia de la Lengua en un mar de confusiones, hasta lograr *amararar* en la nueva frase.

Indudablemente, la dificultad hubiera sido menor al tratarse de un substantivo; pero un verbo, con toda en el agua, ya que me doy perfecta cuenta de por qué ha rechazado *amarizar y aboyar*.

Parece lógico que si al detenerse en la tierra se llama aterrizar, el detenerse en el agua se llamase acuatizar.

Es cierto que tampoco ese verbo resultaría fácil ni eufónico en la conjugación; pero estaría de acuerdo con la lógica.

A nadie se le ha ocurrido buscar diferentes nombres para designar la acción de venir a tierra un avión, según el lugar en que se detiene. Sea en la cumbre de una montaña; sea en el fondo de un valle, de una garganta o de un barranco; sea en una llanura, una meseta o una planicie, siempre se llama aterrizar al posarse en la tierra.



Carmen de Burgos "Colombine", con la popular escritora cubana Carmela Nieto, durante su estancia en La Habana, donde la gran literata española ha obtenido un señalado triunfo con sus interesantes conferencias, después de haberlo obtenido también muy resonante en Méjico.

su conjugación, resulta, a la par de poco eufónico, bastante complicado, ofreciendo una serie de formas en los diversos modos, tiempos y personas, en los que se establece una confusión con el verbo *amar*, de tal modo que parece ser este mismo mal acentuado. Véase, por ejemplo, el llamado, siguiendo la nomenclatura de la Academia, presente de indicativo:

Yo — amararo.
Tú — amararas.
El — amarara.
Nosotros — amaráramos.
Vosotros — amaráráis.
Ellos — amararan.

Y no digamos nada cuando se forme el pretérito imperfecto de subjuntivo.

Yo amarara, amararía o amararase, etc.; o el gerundio: amararando; o el participio, amararado, que no pueden ser más ingratos al oído.

Ignoro qué razones habrá tenido la Academia para dar ese nombre a la acción de posarse un hidroavión

Asimismo el posarse en el agua debía llamarse acuatizar, porque el hidroavión puede caer en la corriente de un río, en una ría, en una albufera, en un lago, una laguna, etc., y resultará un poco impropio decir que ha amararado en el lago de Ginebra o en el ancho epílogo del Tajo, donde todos los días acuatizan los hidroaviones portugueses.

¿Cómo evitar esto? Si la Academia nos envía nuevas palabras, que procure, por lo menos, que sean más sonoras, más bellas, más de acuerdo con el genio de nuestra lengua; que aunque perdió tantas bellezas, aún guarda esa hermosa sonoridad y armonía que le hizo afirmar a Carlos V que era el idioma propio para hablar con Dios.

Además, acuatizar tiene una evocación de la imagen rápida y clara, que da la visión de la idea que expresa sin retorcimientos y sin necesidad de crear una nueva palabra; porque acuatizar, virtualmente, es una palabra ya creada.

Esto se ve fácilmente cómo es comprensible, desde el primer momento, una palabra a la que no hay más que variar la terminación para expresar la nueva idea. Así, la palabra *acuática*, al convertirse en *amatizar*, nos parece la misma palabra, que ya nos es familiar, y que adopta *un nuevo gesto*.

Tal vez los académicos han pensado en las diferencias de las aguas en que pueden posarse los hidroaviones y conmo domina el agua salada, se obsesionaron un poco por ello; pero, aun así, yo sigo creyendo que debe preferirse el acuatizar. Es palabra más onomatopéyica, más cristalina, más graciosa que el desabrido amararar, con su insoportable cacofonía. Acuatizar es una palabra más *salada*.

Carmen de Burgos.
(Colombine).

Luz apagada

Frente al balcón en que vivía, miré una de estas luces.

Era un quinqué de petróleo que se veía detrás de las cortinas; un quinqué con pantalla verde; un quinqué que iluminaba una salita y una mesa, y a una mujer joven y rubia que cosía, y a un niño más rubio que ella, que corría jubiloso e iba de cuando en cuando a recibir una caricia.

Todos los días, hacia las ocho iluminaba el quinqué a un hombre joven que llegaba y hacía un cariño a los dos y con los dos jugaba, y ella traía la cena, y después encendían fuego, y los tres se agrupaban y antes acababa el quinqué de dar luz que ellos de ser felices.

Un día no le vi tanto tiempo encendido y ya no eran más que dos.

Al siguiente le bajaron y entraban y salían con él en la alcoba de al lado.

Al otro día ardió toda la noche. Al otro, daba muy poca luz y cerraron los postigos.

Pasaron algunos días más y únicamente por las rendijas se veía de cuando en cuando una línea de claridad, de aquella claridad empañada, de aquella luz amarillenta, fría, como beso de luna.

Al día siguiente el balcón estaba abierto de par en par. Todo desierto. — *Santiago Rusiñol.*

Contra el cáncer

En el Hospital de la Charité, de Berlín, se experimenta actualmente un nuevo experimento del cáncer, del profesor de la Universidad de Tokio, Matsushita, que se encuéntra en Frankfort comprobando su experimento.

Se trata de un fermento extraído de la planta china llamada "haisung", que puede inyectarse en dosis suficientes para combatir el tumor sin producir perjudiciales efectos tóxicos.

El fundamento del tratamiento reside en la capacidad de penetrar efectivamente en la célula cancerosa, destruyéndola. Cuatro inyecciones bastan para destruir los carcinomas en las ratas.

En Japón, las observaciones de un número considerable de médicos arrojan, en un total de 3.400 enfermos, los siguientes resultados: 30 por 100 de curaciones clínicas, 34 por 100 de mejorías.

En Berlín, los trabajos de comprobación no están todavía terminados; no obstante se registra ya un caso de cáncer a la vejiga, curado; la destrucción completa del cáncer se ha comprobado por la endoscopia, después de diez inyecciones.

El profesor Hasse, ha comprobado también el buen resultado de la aplicación del fermento en los sarcomas y tumores infantiles similares al cáncer.

Un ilustre cocinero

El célebre físico Papin fué también un garn cocinero.

A raíz de la anulación del edicto de Nantes, el famoso inventor, que era calvinista, se refugió en Londres, y encontró allí a muchos compañeros de infortunio.

En las inmediaciones de Covent Garden estableció Papin una cocina que era frecuentadísima por los compañeros del fugitivo, entre los que bien pronto adquirió éste renombre de hábil cocinero.

Sabido es que para conseguir ablandar un trozo de carne que no sea fresca, es preciso que cueza durante largo rato, puesto que la temperatura de agua en una vasija que no esté cerrada herméticamente, no excede de 100 grados, y eso atizando de continuo la lumbre.

Papín, haciendo uso de la marmita que lleva su nombre, obtenía resultados admirables. La carne más dura y correosa transformábase casi en gelatina dentro de la marmita, gracias a la temperatura elevadísima que en su interior podía mantenerse.

La práctica no hizo descuidar al físico la teoría, y escribió un folleto que contiene muy atinadas observaciones relativas al arte culinario.

No dirán los profesionales del fogón, que no cuentan con un predecesor ilustre.

Un hombre vano, indiscreto, conversador, y mal intencionado, que habla de sí arrogantemente y de los demás con desprecio, impetuoso, altanero, osado, sin virtudes ni probidad, sin talento y con una imaginación desenfrenada; un hombre semejante, digo, no necesita para ser adorado por muchas mujeres más que bellas facciones y gallarda apostura.

El tiempo que, vigoriza las amistades, debilita el amor.

Por muy intransigente que sea el amor, siempre perdona más faltas que la amistad.

Poesías

ELECCIONES

Para la fiesta civil
de las elecciones
la ciudad se ha vestido su traje
de papel de colores.
Por las calles desiertas,
en raudos automóviles
pasan grandes banderas echadas para atrás;
y por el cielo limpio anda un *aeroplano*
soltando bandadas de palomas.

Toda la ciudad como por encanto
amaneció adornada
con las virtudes de sus candidatos.

De cuando en cuando se oye un toque de clarín,
exceso de entusiasmo civil
lindando en lo marcial
y militar;
un toque de clarín que viene a resolver
antiguas emociones....
pero ya se acabaron las revoluciones.

Yo ando por las calles; a mis oídos llegan
frases incompletas y rotas:
"esperanzas
no están en las lanzas
sino en las balotas".
Se va haciendo la noche en la ciudad y la aurora
en el alma de cada ciudadano
del partido del llano.

En el asta bandera de un gran edificio
flamea y parece arder
la última mancha roja
del atardecer.

La lucha electoral se va cristalizando
en dos casas con almas diferentes,
con las azoteas pintadas de banderas
y las calles circundantes llenas de gentes.

Suenan las bocinas de los diarios,
a cada bocinazo laten los corazones,
y los ojos alertas de los partidarios
se prenden en los cálculos alegres de los pizarrones.

Colorados y blancos a la vez aseguran su triunfo
por creerse los partidos más grandes y mejores,
y los cohetes y las bombas
llenan el cielo de ruido y de colores.

En el portal de un palacio
la multitud delira
de entusiasmo
de alegría.
Cientos y cientos de hombres
se han congregado
para aclamar el nombre
de su candidato.

De repente ante la total indignación,
abriéndose paso a toques de corneta,
y haciendo un ancho tajo en el gentío,
pasa lentamente un automóvil
y en él una mujer joven y desafiante,
haciendo flamear al extremo del brazo
una enorme golilla
con el color del partido contrario.

Gritos, imprecaciones y palabras hirientes
va levantando a su paso,
pero ella, hermosa y audaz
sigue en su auto
con la enorme golilla
ondulando
al tope de su brazo.

Yo la ví y la admiré en toda su arrogancia
aún cuando el color de aquel pañuelo
no es al que me enseñaron a amar desde la infancia;
y al pensar que una moza con tal pasión y ánimo.
es capaz de cumplir un acto de heroísmo,
sonreí y me acordé de mis abuelos,
porque Rosaura Antuña o Virginia Muñoz
en sus tiempos mejores
cualquiera de las dos
hubiera hecho lo mismo
cambiando los colores.

Pasa un tranvía, subo,
llego a mi barrio.
Un club y enfrente otro,
los dos iluminados,
en uno luces blancas y en otro rojas,
como en todos los barrios.

El alma popular se acostará esta noche
de blanco y colorado.

Fernán Silva Valdés.

El Bien y el Mal

Las cosas buenas del mundo son aquellas que producen crecimiento, y las malas son las que lo impiden.

Si esta es una interpretación fiel entonces el origen de Dios no puede ser doble: hay un Dios y no dos:

Todas las casas que nos divierten fácilmente podrían atormentarnos si las condiciones fuesen distintas.

Se necesitan tres cosas para hacer que las manzanas crezcan: sol o calor, lluvia o humedad, y unidad con el árbol que las produce. Supongamos que una manzana cae al suelo. Las cosas que la pudren son las mismas que las hacían caer: el calor, la humedad y la falta de unidad con el árbol.

Esto demuestra que los agentes del castigo y la tristeza son los mismos que los de la felicidad. Las mismas fuerzas que producen la salud. Lo mismo construye que destruye.

La diferencia entre el perro que corre alegremente por la carretera y el que corre por la orilla es simplemente que el primer perro está utilizando el alimento, el sol y el aire y el segundo está siendo utilizado por el aire y el sol.

La diferencia entre la vida y la muerte consiste en que en el primer caso uno se está comiendo lo que le rodea y en el segundo lo que le rodea se está comiendo a uno.

Un buen hombre es uno que se ha amoldado a lo que le rodea. El malo es el que cree que puede triunfar sobre todas las influencias que le rodean.

La vida no es sino armonía. Lo importante es estar a tono con ella.

No estar a tono significa enfermedad, inmoralidad y finalmente la muerte.

Todas las fuerzas del universo van en una dirección; cuando vamos con ella adelantamos. Cuando vamos contra ella nos destruimos.

No es menester inventar un demonio pues las mismas fuerzas de bien son las de mal y en ellas está al mismo tiempo que la felicidad y la alegría, la tristeza y el castigo.

Fabula

Una zorra hambrienta encontró al pie de un árbol, picoteando por el suelo, a una hermosa gallina.

Iba ya a arrojarse sobre ella cuando de pronto oyó en el árbol un ruido extraño. Unos niños se habían encaramado a las ramas y habían atado un tambor a un tronco; las ramitas agitadas por el viento, azotaban el parche del tambor y producían aquel ruido.

—¡Oh! exclamó la zorra levantando la cabeza. ¿Ahí estás tú?... Voy en seguida. Quien quiera que seas, a juzgar por la voz que tienes, debes tener más carne que una pobre gallina. Esto es una comida ordinaria; he comido tantas que estoy ya estragada de saborear siempre la misma carne. Tú en cambio vas a proporcionarme una comida deliciosa!

Y diciendo esto dió un salto y se encaramó rápidamente por el tronco del árbol, mientras la gallina escapaba ligera, cacaraceando alegremente.

La hambrienta zorra se apoderó de su presa y trabajando con garras y dientes deshizo el tambor, pero fué grande su sorpresa cuando vió que en su interior no había carne, sino aire.

Exhaló un profundo suspiro y dijo:

—¡Qué desgraciada soy! ¡Qué delicado manjar he desdeñado por un poco de ruido y de aire!

El hombre prudente no debe nunca abandonar la realidad para correr en persecución de las apariencias. El que hace más ruido, el que más brilla en el mundo, no es siempre el más aventajado ni el más sabio.

Lo que vale un hombre

El doctor Carlos H. Mayo, célebre cirujano de Rochester (Estados Unidos), ha escrito, en un curioso informe, que, por término medio, el cuerpo humano tiene grasas suficientes para fabricar siete barras de jabón; hierro bastante, para un clavo, de tamaño regular; cal para blanquear un gallinero de doce gallinas; fósforo para 2.200 cerillas; magnesio para una dosis prudencial de magnesia; potasio para disparar la bala de un cañón de juguete, y sulfuro para librar a un perro de sus pulgas.

¡Y, después, nos quejamos!

Los pobres sienten el enojo de todo lo que les falta y de que nadie alivie su situación. En cambio los ricos se encolerizan porque les falta la cosa más insignificante o porque alguien se oponga a sus antojos.

ESTRELLAS DE CINE



Margaret Livington envía por intermedio de "MUNDO URUGUAYO" un saludo a los miles de lectores

TEATROS

En el Urquiza

Termina la ópera y empieza la opereta

En estos días en que la mayoría de las personas dedican sus actividades a descansar, a hacer turismo más o menos variado y entretenido o a frecuentar los templos, especialmente nuestro mundo femenino y sus múltiples admiradores, los teatros no pueden registrar las entradas de las épocas normales, no siendo extraña esta especie de "relache" obligada.

Pero una vez pasada esta, las salas volverán a verse sumamente concurridas, máxime cuando en muchas de ellas, se ofrecerán espectáculos interesantes y variados, capaces de contemplar todos los gustos.

El Urquiza entre otros, que ha venido ofreciendo una buena temporada lírica a precios completamente acomodados, y en cuyos espectáculos Marranti ha sabido extraer todo el partido posible, siendo felizmente secundado por los artistas del elenco, que se han comportado acertadamente, cosechando amplios elogios de público y crítica, una vez terminada dicha serie de funciones, reabrirá sus puertas para dar lugar a otra temporada que, a no dudarlo, alcanzará un éxito significativo.

En efecto, dada la predilección que existe en nuestro ambiente, por el divertido género operetístico y las bondades del elenco dirigido por Francisco Delgado, no es difícil asegurar, que la serie de espectáculos cuya iniciación se anuncia para pasado mañana, congregará en la sala del Urquiza una nutrida concurrencia, ávida de aplaudir las amenas y alegres operetas que serán puestas, según se afirma, con toda propiedad y gran cuidado de detalles.

Esta compañía que, es la única autorizada por el maestro Amadeo Vives para representar su famosa obra "Doña Francisquita" cuyo éxito en Montevideo, fué muy significativo, dará como función inicial la mencionada obra que tendrá intérpretes concienzudos, como para entusiasmar nuevamente con su música fácil y ya bastante popular.

He aquí el elenco artístico de dicha compañía:

Primeras tiples: Asunción Pastor, Amparo Aliaga, Paquita Rodoreda, Amalia Díaz Labrada. — Tenores: Juan de Cazenave, José María Canonge, Juan Arnal, Luis Novo. — Barítonos: Enrique Zabarte, José Perales. — Tenores cómicos: Manuel Hernández, José Recardell, Marcial Bulfi. Bajos: L. Barreta, Nemesio Campo. — Segundas tiples: Carola Solé, Milagros Verdés, Manolita Canonge, Antonia Vives, Mercedita Moreno, Asunción Martín. — Bailarinas: Paquita Campos, María Castaño, Pepita Correño, Filomena Alvarez, Pilar Castaños, Abelia Checa. Otros actores: Juan Verdés, Ramón Guell, César Delgado, Juan Piñeiro. — Apuntadores: Rodolfo G. Casas y Manuel Martínez. — Jefe de maquinaria: José Gatto. — 40 coristas de uno y otro sexo: 32 profesores de orquesta. Gran rondalla de bandurrias y guitarras.

Temporada Olona-Codina

Con el mismo éxito que el obtenido desde sus primeras funciones, ha seguido desarrollándose la temporada de comedia española, a cargo del homogéneo conjunto que tiene como figuras centrales, a la expresiva e inteligente actriz Concepción Olona y al eficiente actor señor Codina.



C. Valicelli en una feliz caracterización de "gaita", en "Corazón de gallego" obra con que debutó y que fué representada docientas noches en Buenos Aires

Varios estrenos y reprises de sumo interés, ha ofrecido estos últimos días, el mencionado conjunto, acerca de cuyos valores no podemos extendernos, por la carencia de espacio, habiéndose ocupado ampliamente la prensa en general.

Compañía Valicelli

Los prestigios de que goza este conjunto, se han puesto de manifiesto con la cantidad de espectadores que siguen asistiendo al teatro de la calle Colonia, en cuyo escenario el gracioso cómico Carlos Valicelli, ha venido ofreciendo una serie de estrenos, que sin pretender a grandes éxitos de arte, han cumplido con su finalidad de hacer pasar un buen rato a los concurrentes.

La compañía anuncia para la semana próxima una serie de novedades sobre las que funda grandes esperanzas de éxito, no solo por el valor de las obras, sino por la minuciosidad con que prepara y ensaya dichas representaciones.

Revista en el Albeniz

Desde hace unos días, el teatro de los catalanes ha reabierto sus puertas para dar lugar a una serie de espectáculos de revistas, género que cuenta con tantos partidarios, y que en el mencionado teatrito se ha cultivado últimamente con preferencia.

El conjunto de Lozada, en el que figura la popularisima tiple Lucy Clory, ha sentado pues sus reales en el mencionado teatro, repitiendo sus anteriores éxitos, los que son compartidos por Amalia Montero, Lolita Valverde, Luisita Campos, Mary Grehem y demás atrayentes ninfas del conjunto, que hacen sus números con su consabida y respectiva gracia y seducción.

PENSAMIENTO

La naturaleza está obligada a hacer lo que hace, por el bien del género humano. — *Marco Aurelio.*

El transformarse no es un mal para los seres, como tampoco es un bien para ellos el efecto de la transformación. — *Marco Aurelio.*



AVENTURAS DE TOTÓ







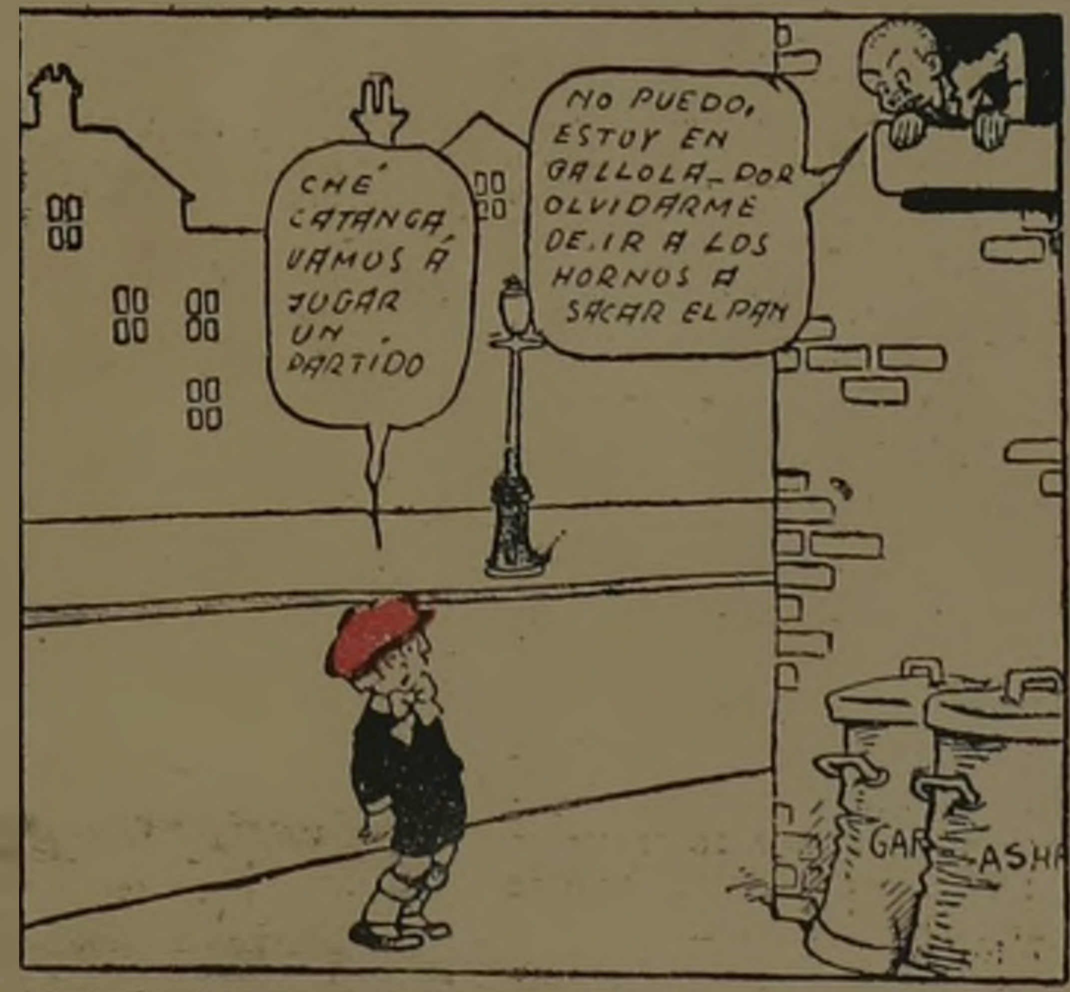


















La Ciudad de la Audacia

BARCELONA

Como una proa pujante, como un guía en el camino, es para Barcelona un motivo de vida y orgullo su audacia.

Audacia es vigor, conciencia del propio valer, desprecio a envidias y comentarios, empuje para llegar donde sea preciso o donde se quiera, aunque no sea preciso; alma, en fin, de triunfo, que por su esfuerzo natural va abriéndose paso a través de sombras y obstáculos, avanzando limpiamente, denodadamente a un término que dome a la Voluntad con brío de varón.

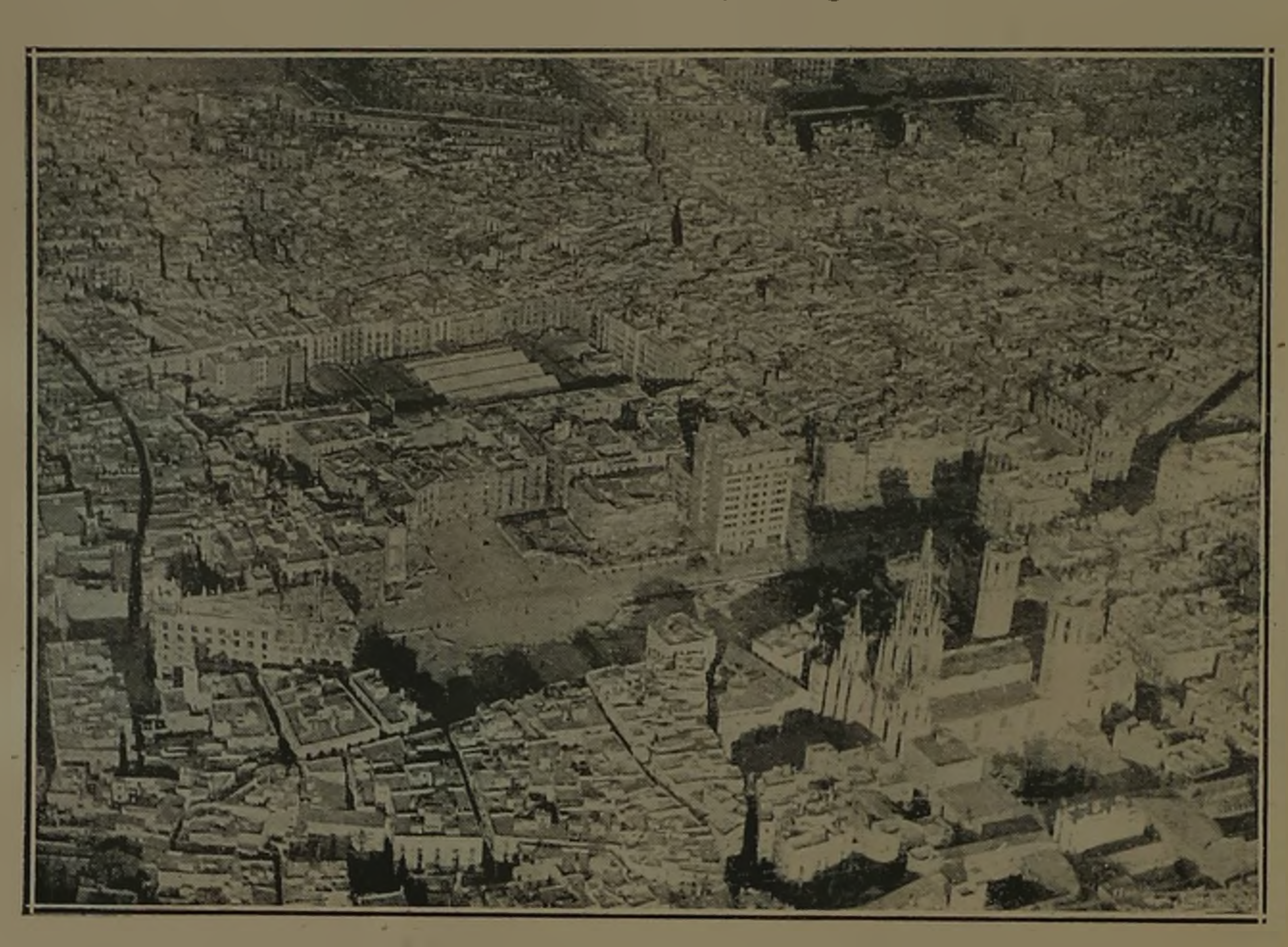
Sin audacia — Santa Audacia — nunca fué nada ningún pueblo; sin audacia no oyeron los hombres más sonido que el murmurio de las aguas del arroyo pueblerino, ni vieron más lejanía que la cima del monte, tras el que muere el Sol. Sin audacia, la Humanidad no habría salido ni de su salvajismo, ni del trozo concedido del planeta en que, igualada a la Bestia, limitaba su vida a comer y reproducirse torpemente. Los grandes triunfos de los hombres, las grandes hazañas de la Humanidad — desde las discutibles heroicidades de caudillos sangrientos hasta los verdaderos superhombres de las grandes conquistas del cerebro — se deben exclusivamente a la audacia, al deseo de "hacer algo", de "saber algo", de romper la muralla de lo pequeño, que guarda prisionero eternamente al cobarde, al pobre de espíritu, al que no se atreve a nada; en una palabra: al hombre o al que no lo fué nunca.

Y como los hombres son los pueblos y las ciudades. Las quietas, las calladas, las que viven extasiadas ante sus piedras vetustas, sus costumbres patriarcales, que regula un reloj de campanario y no tuercen jamás ni los progresos del siglo, ni las noticias de los libros, las que quedaron dormidas al borde del camino por donde avanza la Vida cumpliendo su destino, jamás fueron citadas con asombro en la orden del día del mundo, ni sintieron esa voluptuosa sensación de la dentellada de la Envidia y la reverencia de la Calumnia.

Muy admirables, y admirados por cantores y poetas, por amantes de su terruño sagrado y por extáticos del pensamiento, vivieron de su gloria y sus recuerdos, como ilustres ancianos a los que besamos la mano, sin compartir sus ideas.

Pero las ciudades que, guardando el perfume de su historia y las piedras de su epopeya, por estar pletóricas de vida, y con un gran respeto y cariño a aquéllas, han buscado esparcimiento, como el humo, el éter, y han luchado con el cerebro de sus estudiosos, los puños de sus obreros y el corazón de sus enamorados, han tenido que sufrir el amargo calvario que justifica el concepto que de sí misma tiene la Humanidad.

Nadie podrá regatear a Barcelona un sitio eminentísimo entre esas ciudades-heraldos, tan fuertes y valerosas como injuriadas y restringidas, tan audaces y briosas como calumniadas y perseguidas con afán de exterminio, por cualquier procedimiento.



Barcelona a vista de pájaro. — Los alrededores de la Catedral y trozo de reforma

Barcelona, en pleno Mediterráneo y junto a Francia, cruzada por todas las líneas aéreas, náuticas y terráqueas que unen a un mundo con otro, ha crecido rápidamente en lo que va de siglo, removiendo sus entrañas para producir, agotando sus finanzas para engrandecer, derramando sobre su suelo una ciudad maravillosa, donde rascacielos, palacios y avenidas la colocan en sitio preferente junto a las grandes urbes mundiales.

Es preciso no ser catalán, como yo, para enamorarse de esta ciudad, que asombra por su belleza y su brío. Y es preciso, porque nadie ve su suelo como es, ya que ante sus ojos y su tierra está la venda del cariño, y por muy ufanos que estén los barceloneses de su ciudad, cada día mayor y más rica, no lo podrán apreciar como el que vino de muy lejos y aquí enterró a los suyos, amó a una mujer y vió nacer sus hijos.

Y este es el único medio de conocer Barcelona. Cuantos la midiesen por libros y periódicos; cuantos la conocieran por referencias o discursos; cuantos la adjetivasen por pasiones políticas, torpezas de interesada envidia o criminosa calumnia, no pueden formar concepto exacto de ella.

Estos buenos señores que nos han visitado quince días o quince meses, y han regresado a su destino hablando de mala educación, de antiespañolismo y de feroces egoísmos, ¿qué saben los pobretes? Precisamente han sido ellos los que han maltratado neciamente a un país que nada les hizo, los grandes fomentadores del desprecio, del separatismo y del individualismo.



Las escuelas Baxeras y un rascacielos terminándose de construir

¿Cómo hacer comprender a las gentes de acá que sus hermanos, sus amigos, sus protectores son los que los han calumniado, ultrajado y despreciado allá?

Ese afán inmoderado de ver en Barcelona la ciudad de las bombas y de las pasiones ha traído, por consecuencia, un movimiento de aislamiento, que por parte de otras regiones ha amargado la vida de la gran ciudad, que ha visto con estupor que mientras de todo el Extranjero, sin distinción ni distancia, elogiaban su rápido progreso, dentro de España revivía el fantasma del odio, hablando de sindicalismos y acaparamientos.

Barcelona está muy por encima de todo eso. Los sectores de opinión que forman su vecindario tendrán honradamente, con un perfecto derecho que concede la ley natural, su credo, que entre gentes civilizadas es siempre respetado; pero la ciudad en pleno, la fusión de ese vecindario como un solo hombre, con su tierra y su cielo, no pueden empequeñecer su grandeza con detenciones del momento ni obstáculos interesados.

Y aquí del milagro de la Audacia. Por encima de todo, avasallándolo todo, sigue avanzando Barcelona majestuosamente hacia el porvenir, alentada con el esfuerzo de cuantos aquí vivimos trabajando, estimulada por la admiración y elogio de los limpios de alma, dirigida por un Destino de poderío fatal y una mágica palabra: Adelante.

Vila San-Juan

El tedio fué presentado en el mundo por la pereza; ésta interviene intensamente en el ansia con que los hombres corren en pos de los placeres, del juego, de la sociedad. Quién ama el trabajo, no debe temer semejante peligro.

Porqué las actrices nunca envejecen

(*Del "Theatrical World"*)

De todo lo concerniente a la profesión teatral, nada hay más enigmático para el público que la perfecta juventud de sus mujeres. Como, si la vi hace cuarenta años en el papel de Julieta, y no representa ahora un año más de edad!". Naturalmente, hay que tener en cuenta la manera de caracterizarse; pero cuando se nos ve de cerca, fuera del escenario necesita la gente otra explicación. ¡Qué extraño es que la generalidad de las mujeres no hayan aprendido el secreto de conservar la cara joven! ¡Y qué sencillo es comprar cera pura mercolizada en la farmacia, aplicársela al cutis como cold cream, quitándola con agua caliente por la mañana! La cera absorbe la cutícula vieja en forma gradual e imperceptible, dejando el cutis nuevo y fresco, libre de arrugas y otras fealdades. Esta es la razón por la cual las actrices no tienen la cara desfigurada con manchas, barrillos, etc. ¿Por qué nuestras hermanas del otro lado de las candilejas no aprenden a aprovechar esta lección?

Solo ventajas encuentra quien habla poco; presúmese que tiene talento y si reamente lo tiene, se supone que alacnza una elevada mentalidad.

LAS GRANDES OBRAS BENEFICAS

EL SANATORIO DE OBRERAS Y EMPLEADAS INICIARA UNA GRAN COLECTA

Es esta una de las instituciones más interesantes que funcionan en Montevideo, por el altruismo de que está rodeada y el desinterés tan enorme que acompaña todos los actos de las personas encargadas de su desenvolvimiento y desarrollo. Un numeroso grupo de señoras y señoritas de lo más distinguido y honorable de nuestra sociedad, dedican su buena voluntad y sus más nobles esfuerzos a la asistencia de las obreras y empleadas enfermas, quienes sin esta Institución generosa, tendrían que confundirse en la anónima sala de un hospital con otros seres que no solo no han dedicado su vida al trabajo, sino que tal vez la hayan expuesto a la perdición. El gremio de obreras y empleadas, necesitaba realmente esta protección decidida de parte de la mujer de clase elevada que en la época presente, comprende todo el mérito de la obrera, y en su esfera, comparte muchas veces sus inquietudes, dedicándose a estudios que las hacen defensoras decididas y valerosas de la mujer liberada por el trabajo.

Cuatro años hace que el Sanatorio para Obreras y Empleadas, que tiene su sede en la calle Canelones 1371, funciona activamente dando amparo a gran número de enfermas pobres, que encuentran entre las dulces enfermeras, el consuelo y el afecto, que tal vez en su propio hogar no pudieron alcanzar.

Miles de mujeres trabajadoras, se sacrifican durante toda su vida por sus familiares, y estos no agradecen debidamente este sacrificio por la rudeza de sus intelectos en contraposición con lo que el roce social ha ido enseñando a la obrera. Caen enfermas luego, a consecuencia tal vez de este mismo trabajo muchas veces excesivo, y al ir al Sanatorio de la calle Canelones, manos suaves y corazones afectivos, devuelven a la trabajadora las fuerzas morales necesarias para reconquistar la salud. Por fin hallan en su vida corazones que las alienten, almas que las comprendan, seres humanos que admiren sus vidas de sacrificio y de dolor, y ese paréntesis del Sanatorio y la convalescencia, será para sus vidas como un remanso de paz, donde toda su existencia se recostará al alma en busca de consuelo. Esto no lo podría dar el Hospital. La frase alentadora, el servicio inteligente, el alma sana a ras del alma dolorida, solo estas abnegadas mujeres podrían darlo, al encontrarse junto al lecho de la enferma, con las otras mujeres, sus hermanas, que en el camino del dolor, se han parado en busca de aliento y de ayuda. Señoras y señoritas de alta alcurnia, velan y curan, confortan y aconsejan, alivian y consuelan a las enfermas.



Frente del edificio y algunos aspectos interiores de la meritoria institución que cuenta con salas de operaciones odontología, rayos X y asistencia gratuita para las obreras y empleadas

El Sanatorio de Obreras y Empleadas ha resultado exiguo para la cantidad de enfermas que acuden a curar sus males en aquella institución.

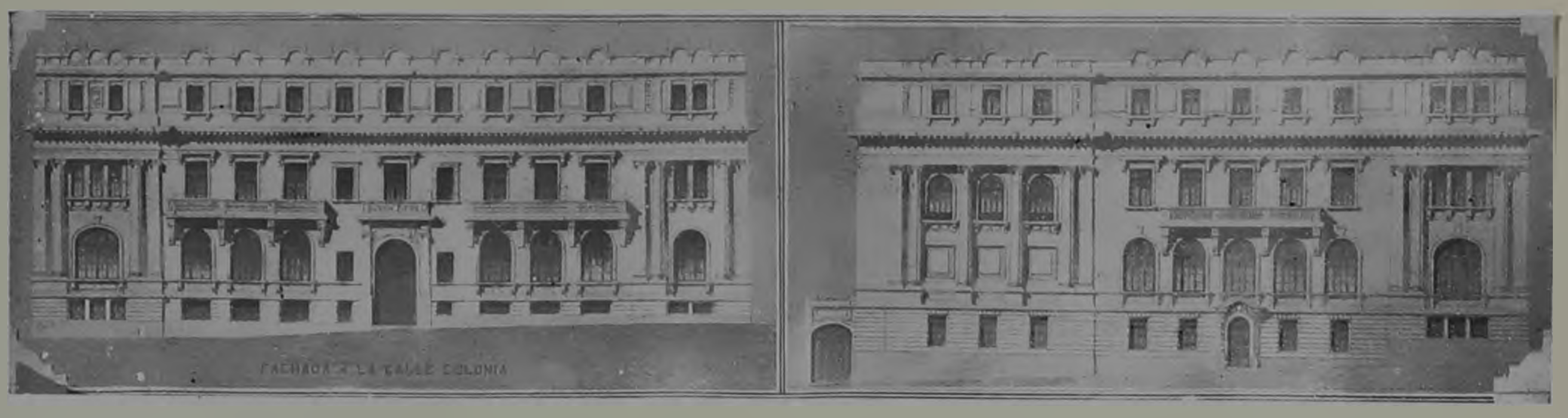
Es necesaria la construcción de un edificio que reemplace a esta casa alquilada, pequeña para contener a tantas infelices como demandan amparo. Para la construcción de este edificio, se iniciará en breve una colecta para recabar del vecindario, ayuda para estos fines. Nada más justo que cooperar a esta obra espléndida de generosidades, para llevar a cabo la cual, se necesitan corazones amplios, capaces de la labor diaria y callada, que riega como lluvia mansa, las vidas dolorosas.

Grupo de distinguidas señoritas que prestan su desinteresado concurso dedicándose a aliviar los males de sus hermanitas desheredadas

En el hall de espera, al que acuden diariamente gran número de obreras y empleadas en procura de los servicios de asistencia de la institución

EL EDIFICIO DE LA Y. M. C. A.

Frente a la calle Colonia — Frente a la calle Rio Negro



Los dos frentes del magnífico edificio de cemento armado que se levanta en la esquina de Colonia y Río Negro para sede de la Asociación Cristiana de Jóvenes cuya obra social meritoria ha recibido la más amplia consagración



Miembros de la Directiva de la Asociación Cristiana de Jóvenes que conjuntamente con los miembros del periodismo, especialmente invitados realizaron una detenida visita al edificio en construcción de la nombrada Asociación, a fin de aquilatar su importancia y el estado en que actualmente se encuentran las obras

INAUGURACION DEL MERCADO DE FLORES



A iniciativa del director de Paseos Sr. Guillot, se ha instalado en la Avenida 18 de Julio entre Ejido y Santiago de Chile el "Mercado de Flores" cuya inauguración recientemente realizada ha constituído un verdadero éxito, como puede apreciarse por las fotografías que publicamos.



NOTAS VARIAS



Emmita D' Aiutolo Palma
Dama antigua



René Marquez Chilavert



Señora Aurora Deffeuller Campomar de Morosi y sus hijitos Totito y Chichí



María M. Gavese Devoto
Aldeana Napolitana

INFORMACION GRAFICA DE LA SEMANA



Aspecto de la residencia de los esposos Coutinho Bica, durante la reunión realizada con motivo de la boda de su hija Beba con el señor Gustavo Aznarez Beuck, que congregó a gran parte de nuestra sociedad



Arriba: Parte de la concurrencia que asistió al banquete ofrecido por el Club Brasileiro al Ministro del Brasil Sr. Gouvea — *Debajo*: El Ministro Gouvea, el Presidente del Consejo Nacional y los Dres. Terra y Casaravilla

La comisión técnica de estudios de hidroelectrificación en el Río Negro, reunida en el Ministerio de Obras Públicas con el Ministro Ing. J. A. Alvarez Cortés



Artística corona de bronce de 1 mt. de alto depositada por el Comité de Homenaje. Obra de los talleres de Gerónimo Tammaro Hno. que honra a la industria nacional



Parte de la concurrencia que asistió al homenaje tributado a la memoria del Dr. Francisco Soca, con motivo del aniversario de su fallecimiento



Placa de la Asociación Cultural Universitaria que fué colocada en la tumba del eminente facultativo



El team de "Nacional" ganador del partido realizado el domingo en el Parque Central contra el Bellavista, por tres "goals" a uno





Aleman Galli, Carlos Martínez Ité y Juan Remessaro a quienes le fueron extraídos trozos de piel, para recubrir el muñón del infortunado canillita Borderolles, cuya operación se realizó con toda felicidad

8. CONCURSO DE DISFRACES INFANTILES — "MUNDO URUGUAYO" — FOTO FAIG

María Josefina Bianchi Da Rosa
Odalisca

Lito Leonoff Korn,
Payaso

María Elena Gentile de Pineda,
Bailarina

Oscar Milton Beloso,
Arlequín

Mabel Iglesias Marinno,
Mascota

Domingo Fustagno,
Marques

Walter Ariel Ercolano Aspesi,
Pescador Napolitano

Ivonne Dupuy Salaverria,
Plus Ultra

Juan Antonio Lacosta Carli
Mascota de Peñarol

Alba Uruguaya Dominguez,
Música

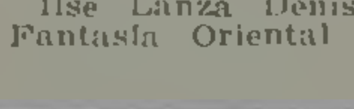
Walter Christy,
Chino

María Julia García Giménez,
Randal

Rogelio Cortinas y Juan Carlos
Díaz, (Holandés y Pierrot)

Adolfo Omar Conti,
Peñarol

María Luisa Sarulle,
Charrúa



Ilse Lanza Denis
Fantasía Oriental

Gladys Giussi Carlomagno,
Mariposa

Rima Amelia Hernández
Bailarina

René Demartu Ghio
India Americana

Princesa Gulma Bianchi Da Rosa
Mejicana







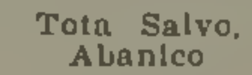


Lia Marta Alegrín Samson,
La Commère

Walter Mario Marsiglia,
Jockey

Antonieta Fastuono,
Fantasía Napolitana

Mirtha Noceto Fernández
Aguacil!



Tota Salvo,
Abanico

REVELACIONES DE INTERES SOBRE HISTORIA MEDICA

La asepsia, antisepsia, y los anestésicos se usaron desde la mas remota antigüedad

Un médico americano, el Doctor James J. Walsh, es autor de una historia de la medicina en la que hace revelaciones sorprendentes.

"Hasta hace relativamente poco tiempo, — escribía — creíamos que la asepsia y la antisepsia eran cosas completamente modernas en medicina, pero las investigaciones históricas acerca de la cirugía demuestran el error en que nos hallábamos. Hoy sabemos que los cirujanos medioevales entendían y practicaban ciertos sistemas asépticos cuya aplicación daba excelentes resultados. Aquellos médicos primitivos empleaban vino fuerte para curar las heridas, insistían en la limpieza de las mismas, y cuidaban de que no quedase en ellas ningún cuerpo extraño, por consecuencia de lo cual se conseguían excelentes curaciones y blasonaban en que sus incisiones se curaban de primera intención, sin dejar apenas cicatriz.

También suele decirse que la anestesia se descubrió a mediados del siglo XIX, olvidando que en algunas obras literarias del siglo XVII se hace referencia al arte de los antiguos cirujanos, que dormían a sus pacientes antes de operarlos.

Los anestésicos se experimentaron con tanto celo como ahora durante la segunda mitad del siglo XIV. Es probable que los médicos de entonces no obtuvieran los resultados tan perfectos que hoy se obtienen, pero lo cierto es que conseguían producir la insensibilidad al dolor, pues de otro modo no hubieran podido realizar las operaciones que realizaban. Además, las tradiciones nos dicen que Da Lucas, especialmente había inventado un método que dejaba muy poco que desear en materia de anestesia.

El Doctor Walsh hace referencia a las curas que efectuaba Jesús, y consideraba a San Lucas como un verdadero médico. El cristianismo empezó a interesarse desde sus comienzos en el cuidado de las enfermedades y en el establecimiento de hospitales. Entre los facultativos cristianos de los siglos IV y V, había algunas mujeres. Teodosia, madre de San Procopio mártir, se la consideraba en Roma, según Carptzovio, como un excelente médico a principios del siglo IV. Esta mujer sufrió el martirio bajo el reinado de Dioclesiano.

También hay que reconocer a Nicerata, que practicaba la medicina en Constantinopla, en tiempo del emperador Arcadio. Dícese que San Juan Crisóstomo le debió la curación de una gran enfermedad.

Desde los comienzos del cristianismo, las mujeres servían de enfermeras, y al frente de los hospitales se ponían diaconisas, o sea las viudas y jóvenes destinadas al servicio de los templos. Fabiola en Roma, fué fundadora del primer hospital importante de esa ciudad.

Entre los grandes médicos de la edad media figuraron Aecio y Alejandro de Tralles, de los cuales aún se leen con interés los tratados que escribieron.

Aecio dá en ellos tratamientos contra varias enfermedades de los ojos y de los oidos, y parece que tenían un concepto muy claro de la difteria.

Alejandro dividía las enfermedades mentales en dos clases: maníacas y melancólicas. En su opinión la manía era realmente una melancolía más desarrollada y representaba un grado más alto de locura. Bajo la melancolía agrupada no sólo lo que nosotros denominamos con este nombre, sino también todas las condiciones de depresión y muchos casos de insensibilidad.

La causa de las enfermedades mentales debía encontrarse en la sangre y aconsejaban las sangrías, los laxantes y purgantes, los baños y los remedios estimulantes. Sin embargo, insistía mucho sobre la influencia mental en la enfermedad, sobre el cambio de aire y lugar, y recomendaba el teatro y toda forma posible de distracción mental, entre los mejores remedios.

Para la consunción indicaba un tratamiento muy interesante porque parece moderno. Recomendaba la leche en abundancia con una dieta muy nutritiva, pero de muy fácil disgestión. Como buen auxiliar de este tratamiento consignaba el cambio de aire, los viajes por mar, y los baños. La leche de burras y de yeguas la consideraba mejor para estos pacientes que la de vaca y la de cabra.

Rhazes, médico árabe del siglo IX, conoció muy bien el valor de la influencia de la imaginación sobre el cuerpo, aún en las enfermedades orgánicas más graves. Aforismo suyo es el siguiente:

"Los médicos deben consolar a sus pacientes aunque tengan síntomas de muerte inminente, porque los cuerpos de los hombres dependen de sus ánimos".

La mujer

Suave como el murmullo de una fuente, grato como el perfume de las flores, melodioso como el canto de las aves en el bosque, grande como la inmensidad de los abismos infinitos, sublime como el amor divino, así es el amor de la madre.

La mujer es ser delicado, sublime, sensitivo; cuando ha llegado a la maternidad es el ser por excelencia de amor y de equidad. Este amor desbordante, sin valla, de las madres, es amor generoso y abnegado hasta más allá del sacrificio, es amor puro que engrandece a la humanidad, es amor perfección de la tierra, es el que hace la felicidad en la tierra, es el que hace le felicidad en el mundo. La madre, aprendiendo a amar a sus hijos, ama también a la humanidad.

El amor de la madre no es limitado sólo para sus hijos; el amor de la madre se ha despertado para la humanidad entera y la mujer se hace benéfica, la mujer se hace digna siendo madre.

El amor más puro, más grande, más sagrado es el de la madre. ¡Bendecid, hombres que me escucháis, a vuestros padres, bendecidlos en todos los instantes de vuestra existencia, porque no sois otra cosa que el resultado puro y grandioso de la mujer, de ese amor puro y santo de la madre!

¡Abre tu pecho, pueblo que me escuchas, a ese amor puro y sagrado y levanta en tu corazón un altar a esa mujer que te alimentó con su sangre, a esa mujer que expuso su vida por tu vida, a esa mujer superior, a esa mujer digna, a esa mujer ángel. — *Víctor Hugo.*



A reír tocan

MODERNISMO



La mamá: No me gusta que salgas sola tan tarde.
La hija: No te aflijas mamá. No estaré sola mucho rato.

MAL PAGADOR



—Mire que necesita ser sinvergüenza un inquilino, para suicidarse en víspera de fin de mes.

CONYUGAL



La esposa: ¿Por que te gustan tanto los animales mudos?
El marido: Por contraste.

RATEROS



Aquí estamos a salvo: El inquilino de este piso cree en nuestros principios.

Y PARECIA DORMIDA



—Solo la he besado una vez.
—¿Una vez? Conté hasta seis besos antes de despertarme.

VALIENTE



Cuando oí el grito de "Fuego", me vestí con toda calma, me peiné, y encendí un cigarro. Esto se llama presencia de ánimo.



El orador antialcoholista. — Ahí tienen a la gran marina de la República Americana Seca, con sus millares de hombres! ¡Preguntadles a ellos, si beben alcohol!
Bill. — Un sólo hombre no puede pagar bebida para tanta gente.

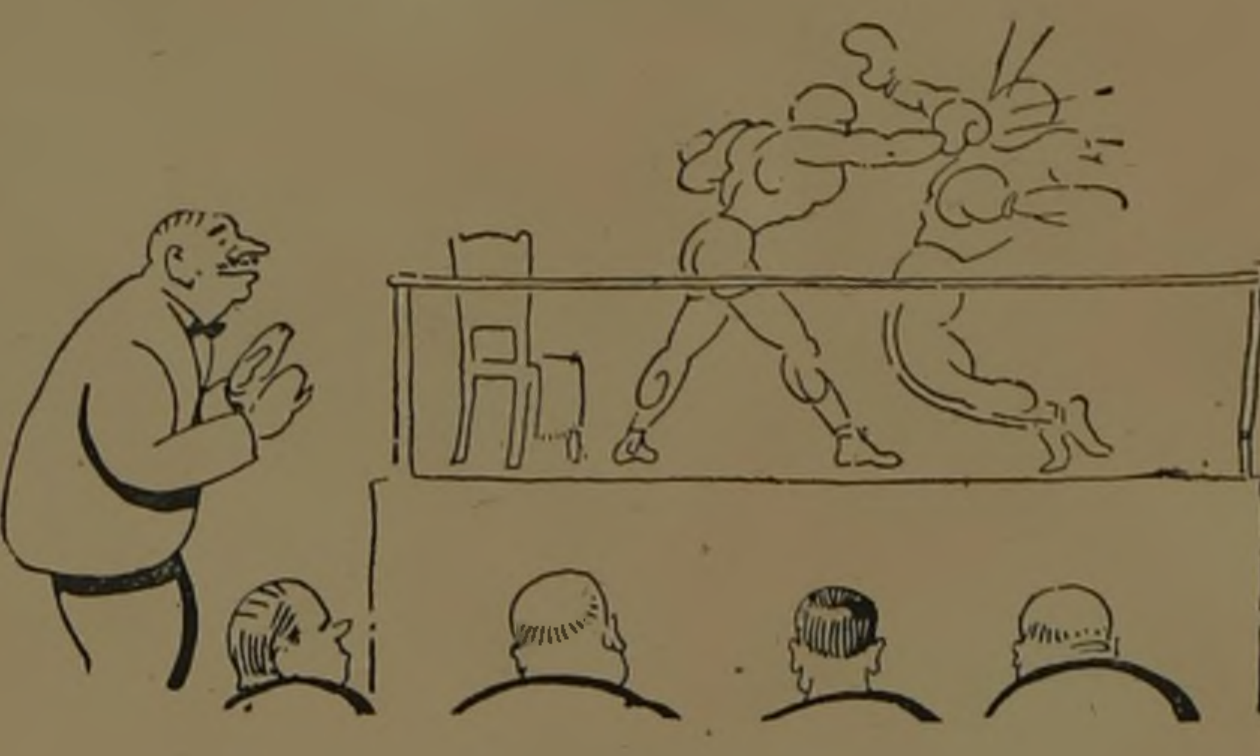
ESCRUPULO



Quisiera suicidarme, pero al precio que está el gas, no podría pagar la cuenta.

EL DEPORTE EN BROMA





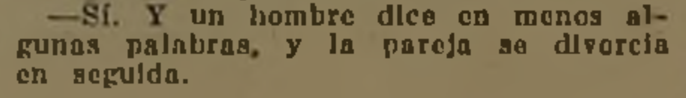
Un as que se malogra

PALABRAS

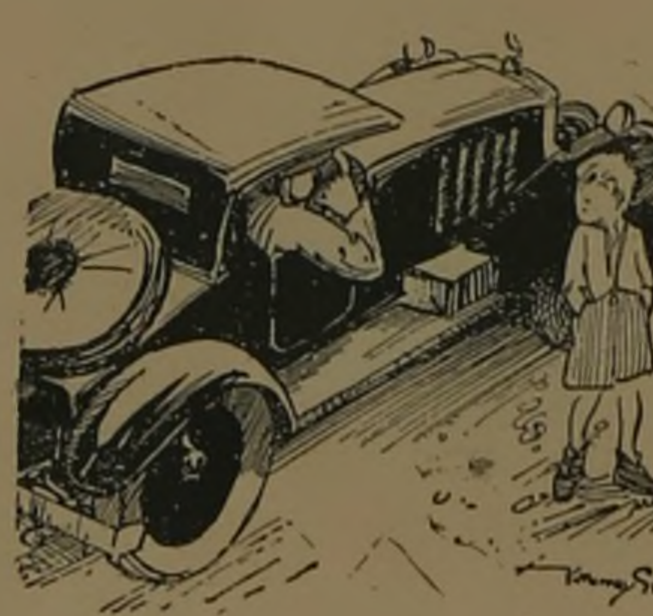


—¡Es extraño, querido. El cura dice cuatro palabras y dos personas estan unidas para siempre!
—Sí. Y un hombre dice en menos algunas palabras, y la pareja se divorcia en seguida.





—Como en tu casa hay tifus no debes venir a la escuela. Y ten cuidado de que no se te pegue.
—Es mi madrastra la enferma y así es el único modo de que no me pegue.



¿Cuánto falta para llegar a Wodonga?
—No sé.
—¿Dónde está el puente más próximo?
—No sé.
—Habrá cerca alguna cabaña?
—No se.
—¿Entonces no sabes nada?
—No, he venido a preguntar a alguien donde estoy yo.

¡ES NEGOCIO!



—¡Todo el mundo en París se queja de la carestía de los medios de locomoción!
—El remendón: Todos menos yo.

LA COLECTA



—¿Se sirve sopa, señor?

LOS GRANDES PROBLEMAS



Ella: Es curioso que toda la soda de mi vestido, salga de un animalito tan pequeño.
El: ¿Se lo compró su marido?

VAÑIDAD

Bueno chicas tengan paciencia, si se ha descompuesto el auto tenemos que caminar para llegar a casa.
—Si, pero podías haberle dicho al chauffeur que caminara delante de nosotros. Así la gente sabría que tenemos auto.

PRESTAMO



Dice mamá si le puede prestar un balde de carbón hasta mañana, que le devolverá las cenizas.

ERAN OTRAS EPOCAS



—¡Otra muchacha ha matado a su hermana porque estaba enferma!
—En mis tiempos, se llamaba al doctor, para eso.

ESTUDIO DE EXPRESIONES

LA REVANCHA



El elegante moderno hace esperar a su señora, mientras elige sombrero

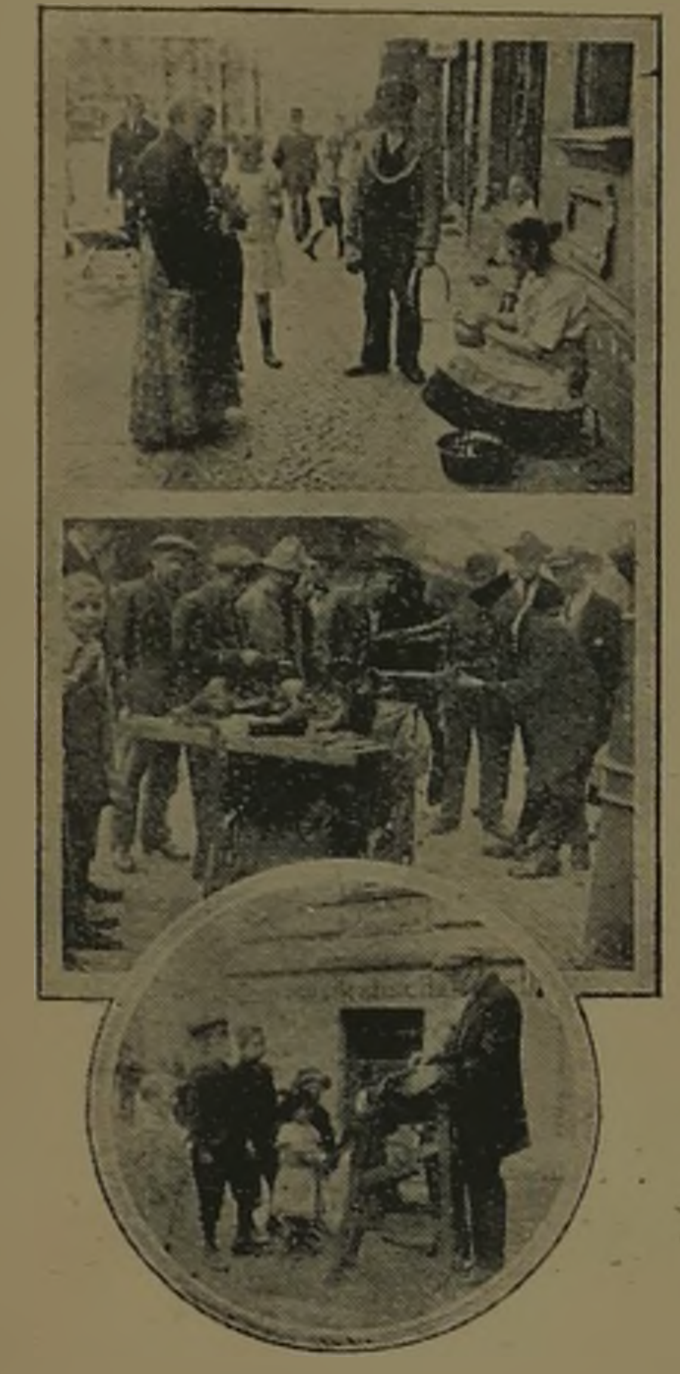
EN LAS CALLES DE BERLIN

EL TRABAJO AMBULANTE

El trabajo ambulante quiere decir el trabajo libre. Nada de talleres ahogadizos. La calle. Nada de patrones, ni de capataces, ni siquiera de compañeros investigadores y comprobadores. El zapatero de viejo — el remendón. — el afilador, el leñador se ganan la vida libremente, sin tener que rendir cuentas a nadie. Así han procedido siempre los buenos bohemios. Las caravanas no rezan con estos amigos de la libertad individual y del trabajo independiente.

Pero reparad que este género de trabajadores callejeros toma en Berlín cierto decoro indumentario. El zapatero remendón berlinés, que instala su taller en el arroyo y trabaja desde la acera al paso de los curiosos transeuntes, va vestido con respetabilidad. Apenas si le quedan para recordar su condición trashumante esas medias de ciclista, de hombre de los caminos. Por su traje, por su gorra, un poco militar; por su cuello y por su fisonomía respetable es "un particular" que se sirve del taller callejero, y no un pintoresco zapatero remendón al uso tradicional.

Estos oficios, que han sido siempre propios de gente aventurera; estos "modos de vivir que no dan de vivir", han ido poco a poco evolucionando. Todos los que se fundan en el aprovechamiento de material gastado tomaron incremento con la guerra y se desarrollaron luego hasta constituir verdaderas industrias prósperas. Algo de ese florecer inesperado tuvo que llevarle al trabajador ambulante. En 1914 las cosas valían mientras fueran nuevas. Era la época del derroche y del gasto inconsiderado. Unas botas con el tacón torcido — a lo más con una honrada y concienzuda compostura — pasaba inmediatamente al Rastro de las cosas poco menos que inútiles o a la oficina de trituración. Buenos trajes de lana, deslucidos o rozados; pantalones con rodilleras, americanas con los codos lustrosos, se convertían en borra o en pasta de papel. La guerra enseñó a no cometer esas locuras. Todas las prendas de medio uso resisten mucho más de lo que parece, y para ello basta con un poco de buena voluntad. Era necesario organizar el trabajo de conservación y recomposición a la alemana; es decir, técnicamente, científicamente.



Trabajadores callejeros populares en Berlín

El resultado ha sido admirable. Los vestidos, los trajes duran más; el calzado se defiende más tiempo.. Y a la vez se gana mejor la vida todo un ejército de trabajadores ambulantes peritos en el arte de renovar las cosas viejas.

Los que hayan visitado un frente de la gran guerra — en Francia o en Italia — saben que uno de los talleres más importantes era el de reparaciones. Yo he visto en Milán monstruosas pilas de calzado viejo, harto de andar por el Isonzo, por los Alpes del Cadore y por el Trentino, que en pocas horas quedaban convertidas en filas de pares de borceguíes dispuestas para ser exhibidas en el escaparate. Con las guerreras y pantalones y correaje ocurría lo mismo. Con el atalaje y montura. Pero, sobre todo, con el inmenso material de cocina necesario para sustentar un ejército tan enorme. La renovación de cacerolas, calderos, cazos, sartenes, etc., era rapidísima. Gracias a la división del trabajo, cada uno de aquellos despojos dejaba algo aprovechable que servía para formar piezas nuevas. El último baño de estaño parecía como una purificación.

Pues bien: los trabajadores ambulantes han conservado su técnica individual, recuerdo y herencia de la técnica de la gran guerra. Queda también el tipo primitivo e invariable del afilador que mueve hoy su "piedra de amolar", con ligeras variantes, como hace cuatro o cinco siglos. Ha variado la rueda, que no es ya una pesada rueda de hierro o de madera, sino ligerísima rueda de bicicleta, sin neumático; pero en lo demás el procedimiento de afilar cuchillos y tijeras es el mismo. Tampoco la costurera ambulante necesita innovar en su oficio. Las agujas grandes para coser balones, puesto que los chicos futbolistas son sus mejores clientes, son el único material moderno que necesitan para ganarse al día un buen jornal, cuyo único inconveniente está en la inseguridad y en la eventualidad.

Porque eso es lo malo que tiene el libre oficio del trabajodar ambulante. No hay ingresos fijos. No hay garantía de llegar a obtener lo necesario para la comida de mañana. A ellos les basta, sin embargo, la frase del Padrenuestro: "El pan de cada día dánosle hoy..." Mañana ya veremos.

Hugo Steinlen

La Moneda Falsa

Al alejarnos del estanco hizo mi amigo una cuidadosa elección de su moneda; en el bolsillo izquierdo de su chaleco puso las pequeñas piezas de oro; en el derecho las pequeñas piezas de plata; en el bolsillo izquierdo de su pantalón un grueso puñado de sueldos, y, en fin, en el derecho, una pieza de plata de dos francos que había examinado detenidamente.

"¡Singular y minucioso reparto!" dije para mis adentros.

Encontramos un pobre que nos tendió temblando su gorra.— Nada conozco más inquietante que la muda elocuencia de los ojos suplicantes que tanta humildad y tanto reproche contienen, para el hombre sensible que sabe leer en ellos. Encuentra en ellos algo parecido a la profundidad del complicado sentimiento de los ojos lacrimosos de los perros a quienes se castiga.

La oferta de mi amigo fué mucho más considerable que la mía y le dije: "Tenéis razón; después del placer de verme asombrado, ninguno hay superior al de causar una sorpresa.— Era la pieza falsa", me respondió tranquilamente, como para justificar su prodigalidad.

Pero por mi miserable cerebro siempre ocupado en hacer suposiciones (¡de qué molesta facultad me ha dotado la naturaleza!) pasó repentinamente la idea de que semejante conducta por parte de mi amigo, sólo era excusable por el deseo de crear un acontecimiento en la vida de aquel pobre diablo y quizás aún de conocer las diversas consecuencias, funestas o dichosas, que puede engendrar una pieza falsa en manos de un mendicante. ¿No podía convertirse en piezas buenas? ¿No podía asimismo llevarle a la cárcel? Un tabernero, un panadero, por ejemplo, le haría detener, quizás, como monedero falso, o como expendedor de moneda falsa. O bien quizás, sera, la moneda falsa, el germen de la riqueza de algunos días por un pequeño especulador! Y de este modo mi fantasía seguía su curso, prestando alas al espíritu de mi amigo y sacando todas las deducciones posibles, de todas las hipótesis posibles.

Pero éste interrumpió bruscamente mi tarea pronunciando mis propias palabras: "Sí, tenéis razón: nada produce un placer más refinado al de sorprender a un hombre dándole más de lo que espera".

Miréle en el blanco de sus ojos y me asombré al ver que brillaban éstos con incontestable candor. Ví entonces que había querido hacer a la vez la caridad y un buen negocio; ganar cuarenta sueldos y el corazón de Dios; ganarse el paraíso económicamente; en fin, conseguir gratis el título de hombre caritativo. Le abría casi perdonado el deseo del goce criminal de que le suponía entonces capaz, hubiera encontrado curioso, singular, que se divirtiera comprometiendo a los pobres; pero jamás le perdonaré la inepcia de su cálculo. El ser malo jamás es excusable pero existe algún mérito en conocer su maldad; y el vicio más irreparable es hacer el mal por necedad.

Carlos Baudelaire.

FINAL DE FIESTA



Edificante aspecto de una fiesta de tantas

La superioridad de la mujer

La señora Oliver Belmont, que ha sorprendido al público norteamericano aconsejando a las jóvenes que no vuelvan a casarse en justas nupcias, continúa maravillando a los Estados Unidos.

Perorando acerca de la igualdad de los hombres, la superhombre, o, si se quiere, superhembra, se ha pronunciado porque el sexo débil niegue la igualdad a los hombres. Según ella, los veinte siglos de la historia europea han demostrado que el sexo feo no sabe gobernar el mundo, porque "los hombres han llegado a condimentar una ensalada que no tiene nada de apetitosa".

Lanzada ya en este plano, se ha aventurado a un predicción: la de que, puesto que las mujeres, por sus votos pueden decidir la suerte de las luchas políticas, no está lejano el tiempo en que establezcan gobiernos estrictamente femeninos. Para colmo de vejaciones — que no se sabe si tendrán efecto retroactivo,— los hombres no ocuparán, bajo este nuevo regimen, más que plazas subalternas, o sea aquellas que no necesitan imaginación ni requieren fuerza pol'tica.

El organo del gusto

Cuando hablamos del órgano del gusto, pensamos indefectiblemente en la lengua, pues en ella radican los principales nervios del gusto que transmiten directamente al cerebro lo que llamamos sensación del gusto.

Pero para que sintamos esa sensación es necesario que el objeto paladeado se disuelva por lo menos en parte en un líquido, sea en el agua o en el fluido natural llamado saliva, segregado por las glándulas de la boca, pues aun las substancias de gusto más marcado, como la sal, el azúcar, la quinina, no nos dan la impresión del gusto en el cerebro si no se aplica la materia en forma de solución sobre los nervios de la lengua y de la garganta.

Estos nervios no están regularmente distribuidos por la boca; se encuentran en mayor número hacia la punta de la lengua y en su base que en el centro y en los lados de dicha víscera.

La diferencia de gustos de las diferentes substancias es debida a los efectos producidos por las soluciones que hemos dicho en las celdas cerebrales que gobiernan las reacciones nerviosas, de la misma manera que percibimos las diferentes intensidades de los sonidos y como notamos los diferentes grados del placer o del dolor.

La página de Ustedes...

Toda colaboración para ser publicada en "Página de Ustedes" deberá venir acompañada de CUATRO timbres de correo, sin inutilizar de 5 cts. cada uno.

AVES QUE EMIGRAN



Aprovechando la semana de turismo

ESQUELAS

Flor de Invierno. — He leído su esquela y con gran simpatía y con honda emoción puedo decirle: ¡Pobre, amigo mío, desde hoy yo no quiero que esté tan solo; desde hoy hay una almita buena, que al través de la distancia sentirá con Vd.; sufrirá con Vd., llorará con Vd., pobre, amigo mío! — **Florcita de Otoño.**

A Tres corazones guaraníes. — Somos tres jóvenes pedrenses que nunca hemos amado y lo mismo que Vds. deseamos encontrar nuestro ideal para realizar nuestro eterno sueño de amor. Tenemos 18, 19 y 20 años y somos morochas. Si les interesamos contesten enseguida a — **Tres chicas de Piedras.**

Flor de Invierno. — He leído su esquela en la que veo que está Vd. dispuesto a perdonar a una víctima del destino, en ese caso soy yo una de las aludidas, si Vd. ha cumplido los 30 carnavales, conteste a — **Alemania.**

Dalmi ta. — Ya en correo mi esquela que leerá en esta misma sección y portergado mi viaje a R. hasta el 23, mi constancia de rondar a diario su casa, vióse al fin premiada en la noche del 20, en que para remedio de mis males y aliciente de mi amor, recogí de sus ojos la mirada, y de sus labios la sonrisa que devolvieron la alegría a mi espíritu contrariado por los repetidos fracasos. Espero recibir prontamente sus noticias por esta revista o directo a mi casa (esto sería mejor) y si en esta segunda forma pudiera indicarme dirección donde escribirle, habríamos adelantado. — **Aquiles.**

Yo, como las desencantadas de que nos habla Loti, busco un alma ¡solamente alma!!! ¡Cuánto daría por poder modificar, esa profanación continuada de algo tan sagrado como es el amor: ¡Se abusa tanto de el! se explota y se engaña tanto evocándolo! Busquemos pués otros sentimientos que sean una compensación. La amistad galana y sincera por medio de una correspondencia interesante y razonada; y dejemos de conjugar el eterno verbo amar, que lo tienen ya como inútil mercancía. De alma a alma sería una comunicación ideal, que al mismo tiempo compenetrándose y comprendiéndose derramaría infinitos y benéficos consuelos. Si compartes mi idea lector incognito, conteste a — **Intangible.**

A morocho malo. — Si es que le interesa porque en el próximo número no menciona algún hecho que recordemos los dos y me permita reconocerlo? — **Equis.**

G. S. **¡Quién sabe si mi presentida se tomará la molestia de retirar carta de M. U.!** Saludos. — **C. V.**

A morocha tímida. — Datos estaba Vd. con sus padres y dos hermanitas, una mayor y otra menor que Vd. Tengo 18 años y soy empleado comercial. Le ruego satisfaga en mí, la misma curiosidad, o de lo contrario, si es tan tímida, me indique algún cine ya que es el lugar más apropiado para pasar desapercibida, ante otros que no sean... — **S. M. Armando 1.º**

A Comerciante de 22 años. — Creo ser el ideal señalado por su almita; reúno condiciones exigidas. Soy entre rubia, regular estatura, tengo 16 primaveras. Según dicen no soy fea. Si está conforme conteste por medio de esta revista o si no puede escribirme a cartero particular Tacuarembó para — **Perla de Rocío.**

A. T. — Recibí su carta en la que me dice que Vd. me ecribió y yo no le contesté así que le diré que si quiere que le escriba me mande su dirección y le diré cual es el motivo de no haberle escrito. — **X. Y.**

Dalmi..ta. — Primeramente mil perdones por mi inasistencia el Miércoles 17 a la hora convenida, debido a una inoportuna visita. Pasé esa noche y día siguiente al crepúsculo sin éxito. Continúo cada día más interesado por Vd.. y no pierdo la esperanza de verla pronto. Si empezó las clases en la U., hágame saber por esta revista o directamente a mi casa las horas de entrada y salida. Le escribo la víspera del viaje a R. de donde regresaré el 27, partiendo enseguida para M. — **Aquiles.**

A Dicha. — Varias cartas le he escrito sin tener contestación de Vd. desde el día 1.º de Noviembre. Ruego contestarme aunque sea una negativa por dolorosa que sea, me resignaré al fatal destino y si fuera así, le ruego devolverme mi f.º. — **Desamparado.**

A mujercita agradable. — Esta será la última vez que le dirijo a Vd. correspondencia. Sin duda yo no merezco las contestaciones de Vd. En realidad no sé yo a qué vino ese enfriamiento. ¿qué le ha desmoralizado a Vd. inclinándola a no escribirme más? ¿cree que haya algún intruso por medio? no tema, no hay. Hubiera querido dirijirle una carta para agradecerle el consejo que Vd. me dió y al propio tiempo explicarle lo equívoco de su interpretación en cuanto a mi exposición, y lo lógico de mis anhelos en lo que solicitaba de la compañera que deseaba, según mi primera esquela, del N.º 361 del "Mundo Uruguayo". Escríbame, no le pesará, mi corazón está aun libre. — **Gran Cariño.**

Para Eduardo... felicito a Vd. sinceramente, augurándole buen arreglo con Vecinito. — **Libertad F. C.**

A Maipú — Conforme sus deseos, especificados en su esquela, puede concurrir el próximo jueves a la esq. de Cerro Largo y Médanos a las 9 de la noche, llevo como seña el "Mundo Uruguayo" en las manos, igual seña llevaré yo. — **Beba.**

LA MUJER DE MI IDEAL

Viudo deseo unirme en matrimonio a viuda o Sta. independiente, que sea mayor de 40 años, educada, hacendosa y que posea algún capital. Soy viudo, edad 50 años, educado y formal. Tengo noble profesión, pero soy pobre. Si hay alguna interesada puede contestar hasta 6 días después de publicada ésta. — **C. Identidad N.º 850.**

He quedado completamente enamorado de bella chica. que el sábado 20 a las 13 y 30 cuando salí de su casa en A. G. y G..... estaba en el balcón con otra chica; el apellido empieza con G.... Si sus bellos ojos recorren estas líneas sírvase contestar a.... — **Nacionalófilo.**

Enamorado de 2 simpáticas rubias de melena que contempló en el último domingo de noche en el corso de N. Helvecia. Iban varias en auto Ford 97. Si recuerda al rubio conteste a — **Maragato de 5 seco**







A las preguntonas

Rubia triste y enamorada. — He leído su carta con mucha atención y mucho deseo de poder serle útil, pero no puedo darle más consejo, que el que mi conciencia me dicta. Si Vd. estuviese enamorada de un hombre que, después de tener relaciones con Vd. la dejase ahora por otra, yo le aconsejaría algo para atraer de nuevo su corazón hacia Vd., pero si ese individuo del que Vd. se ha enamorado, tiene novia, entonces yo no puedo aconsejarle sino que trate de olvidar a este hombre, pues la novia es una mujer, estará enamorada, y es una cosa muy mal hecha el tratar de quitarle su amor. Yo trato en todo lo posible de hacer el bien que puedo a las mujeres, pero considere señora el caso de la novia de ese señor, que también es muy de tenerse en cuenta.

Ansiosa — Creo que es bueno darse por las noches "Aceite de castor" con un pincelito.

Stella — Puede regalarle una billetera con el nombre de Vd. en plata en una esquina, o un lindo lapicero de oro, que también es un bonito regalo. Siempre es conveniente que el regalo que le haga, lleve grabado, o su nombre, o una obra simbólica, que traiga para ustedes un recuerdo, o que signifique algo: Por ejemplo la palabra — "Siempre" es muy linda. La saludo.

Blanca Lilia. — No sabe Vd. lo que he procurado averiguar para darle esperanzas sobre su defecto, pues de todo corazón hubiera deseado complacerla. Después de hablar con algunos doctores me dicen, que en el Instituto de sordo-mudos de esta capital de Montevideo, pueden mejorarla y aún curarla totalmente, naturalmente que, según de la clase que sea su defecto; de modo que puede hacerse ver de esos doctores especializados y que ellos le receten un plan a seguir. Lo de la rosa de Perico, supongo que será alguna creencia popular, sin fundamento serio. La saludo muy atentamente.

Chichí — Creo que puede ponerle una tarjetita como me dice y ponerle algo sencillo como por ejemplo. "Entre todas las felicitaciones que Vd. recibirá hoy, no quiero que falte mi saludo tan sinceramente cordial". A la segunda pregunta le diré, que si ese pretendiente sabe Vd. que no es su verdadero amor, que no ha de ser su novio, y no se piensa casar con él, me parece muy mal lo de besarlo y abrazarlo, ni una vez, ni ninguna, por que es fomentar en ese hombre que la quiere, una pasión malsana, fundada solamente en la materia, que no ha de tener solución. Una cosa es el besar a un novio que sea nuestro grande y verdadero amor, sin meditarlo, sino por que la fuerza de la pasión nos impulse a demostrarla así, y otra cosa es besar y abrazar a un hombre con quien sabemos bien que no han de ligarnos nunca lazos serios, solo por que si, para satisfacer un deseo material, que debe dominarse. Lo que creo que es su deber, es procurar que el sentimiento de ese hombre se enfríe en lo que a Vd. se refiere, y la olvide lo más pronto posible. Esto es lo digno y lo moral. Quedo a su disposición atentamente.

Chunguita — La respuesta anterior le dará la norma de mis ideas sobre ese punto. A la segunda pregunta no se que decirle. Me dice Vd. "De qué medio debe valerse una muchacha, cuyo novio tiene otra novia, para hacer que la olvide?" Lo primero que yo necesitaba saber es si ese noviazgo es anterior al de Vd. porque de ser así, es la otra la que tiene los derechos, y la que yo defendería si me pidiera ayuda. Si su novio, por el contrario, se ha puesto ahora en relaciones con otra, después de quererla a Vd. hágamelo saber con un poco de detalle para poder aconsejarla.

ES TEMPRANO



—¿Todavía quieres comprar más?
—Claro; si no son más que las diez y media?

Der Brummer, Berlin.

A lo que me pregunta sobre el regalo le diré que puede hacerle Vd. misma, un marco a su retrato, en forma de relojera (el retrato arriba y la parte para colocar el reloj abajo), para colocarlo sobre la mesa de luz, y así será lo último que mire al acostarse y lo primero al despertar.

Quedo a sus órdenes.

X X X — La dirección para lo que ustedes desean es esta. — Sra. M. Pinto. Calle Minas 1219, y allí se les informará.

Cubana en costas argentinas — Son 4 años. A la segunda pregunta le diré que puede regalarle un almohadón, o un edredón para los pies de la cama. Algo para su habitación, que la recuerde constantemente. Pregunte lo que desee, que contestaré gustosa.

Esperanza — Yo creo que deben ir de sombrero, aunque vayan en auto y quede cerca la casa, por que la boda es una ceremonia y es uso el ir en esa forma vestido. Para el almuerzo deben asistir con trajes elegantes de calle. Para comida traje de noche, escotados y mangas cortas, aunque sea familia solamente. El ajuar del novio debe llevar sus iniciales. En la tarjeta de ese regalo deben poner — "Con grandes deseos de felicidad para el futuro, les ofrecen este recuerdo sus hermanos, María, Juana, Luisa, Pedro y Diego" (suponiendo que fueran estos los nombres).

Yo la saludo con mucha estima.

Ruth — Lo mejor sería a mi juicio, que el médico de Vd. se informara de lo que ocurre y se decidiera a favorecerla. Procure que le hable alguien de interés, si ustedes son católicos, el cura del pueblo, por ejemplo, o alguien de respeto, y le haga ver, que Vd. quiere a ese joven, que mejor es conceder permiso para ese amor que hacerla a Vd. sufrir, o exponerla a que un día haga alguna locura que puede evitarse, y que le permita llevar amores con él, puesto que hace tiempo se conocen, que él insiste, etc., etc. Dígame lo que haya, pues me interesa.

Sor Suplicio

LA EDAD DE LA TIERRA

Para determinar, aproximadamente, la edad de la tierra, los hombres de ciencia han recurrido a diversos elementos. Los físicos, basándose en la cantidad de helio contenida en los minerales de más antigua formación, han atribuido una edad de tres millones de años a las arenas verdes, de seis millones a algunas rocas basálticas, de seiscientos millones a rocas de Ontarios, de mil trescientos millones a masas rocosas suecas y de mil seiscientos millones a ciertos grupos rocosos de América. Los geógrafos, por otro lado, han apreciado que la contracción de la corteza terrestre ha correspondido a un descenso de temperatura de más de 300 centígrados, que para producirse ha necesitado dos mil millones de años aproximadamente. En conclusión, la edad probable de la tierra, según estos datos, está comprendida entre los mil y los dos mil millones de años.

Las grandes obras de beneficencia

La de los "Petits Lits Blancs" de París

Para que sirva de estímulo en nuestro país, en el que, justo es reconocerlo, ya se ha empezado a hacer algo en pro de la infancia desvalida y de los niños enfermitos, traducimos el siguiente suelto de uno de los últimos números de "L'Illustration" de París:

La obra de los "Petits Lits Blancs". — Acaba de realizarse con el éxito de costumbre, el gran baile de las Camitas Blancas.

Hace mueve años, en Marzo de 1917, algunas personas fueron a visitar la sala del hospital San Luis en el que yacen acostados, pálidos como las sábanas que los cubren, los niños enfermos de tuberculosis ósea, la peste blanca.

Entre el grupo de visitantes conmovidos ante los sufrimientos de los pequeñuelos, estaban Mme. Henri Lasedau, esposa del célebre escritor y autor dramático, y Mr. León Balby, director de "l'Intransigeant".

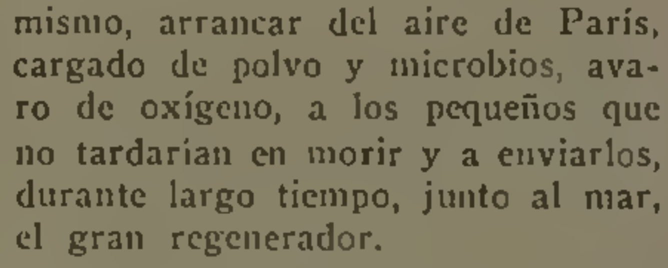
Al terminar la impresionante revista de miserias infantiles, Mme. Lasedau que lloraba, vió que Mr. Balby también dejaba correr las lágrimas por sus mejillas.

En esa hora precisa, de punzante emoción, nació la obra de las "Camitas Blancas".

—Me hago cargo de este niño...

—Y yo de este otro...

Diez corazones, subitamente adoptaron cada uno a un pequeño mártir para tratar de arrancarlo de la muerte lenta. ¿Pero que eran 10 niños? Por fortuna intervino una mujer. "Yo tomaré a mi cargo esos niños, y los enviaré a mi sanatorio de Roscoff, en la costa bretona. Por el momento no dispongo de sitio, pero me arreglaré como pueda". Y he ahí como los primeros pequeños tuberculosos óseos del San Luis, adoptados por gentes caritativas, fueron los protegidos de la vizcondesa de Fontenillat. Luego, han sido centenares los pequeñuelos condenados a muerte que han tomado el camino de la vida. Luego la obra oficial, se agrandó, y se fortificó como los pequeños a quienes ha salvado. Obra cuya finalidad es apasionantemente humana, dará algún día sus frutos. Su fin es siempre el mismo, arrancar del aire de París, cargado de polvo y microbios, avaro de oxígeno, a los pequeños que no tardarían en morir y a enviarlos, durante largo tiempo, junto al mar, el gran regenerador.





La clase al aire libre en el "preventorium" de la Cruz Roja en La Rochela

Atendidos a tiempo, se salvan. Pero hay que tomarlos a tiempo. La doctora Guerliers, encargada para elegir los que podrían curarse, no puede, desgraciadamente elegirlos a todos. ¡Hay tantos!

Sin embargo la obra de los Petits Lits Blancs, reparte los niños en diversas instituciones médicas. A más del sanatorio marítimo de Roscoff, que de 386 niños enfermos de tuberculosis ósea, devolvió 330 curados completamente, dispone de 5 preventorios en Beaujen, la Rochelle, Besancon, etc.

La obra se hace cargo de todos los gastos de pensión y viaje de los niños.

He aquí la noble iniciativa a la que se destinan los fondos recaudados en el gran baile organizado por M. León Balby. Desde 1921 ha producido sumas cada vez más altas: 235.561 el 1er. año; 360.000 en 1922; 506.845, en 1923; 716.518, en 1924 y 971.223 el año pasado.

Ninguna fiesta de caridad produce eso. Infatigablemente la obra, con sus recursos limitados, trata de expandir su acción. El año pasado dieron 25.000 francos al laboratorio Beck para sus experimentos, y 25.000 al sanatorio Roscoff, y compra de aparatos de radiografía, ortopédicos, etc., etc.

Héctor Ghilini

El secreto de la simpatía

El secreto de la simpatía consiste puramente en olvidarse completamente de si mismo. Las personas que dominan por el cariño que inspiran son las que se olvidan de sí mismas y sólo piensan en el bien y en el gusto que pueden proporcionar a los demás. Ningún adorno corporal ni moral tiene más influencia que la simpatía.

En la historia de Francia vemos cómo ninguna mujer tuvo poder para fascinar a los que la rodeaban como Madame Recamier.

Sus retratos prueban que no era mujer hermosa como las había en la Corte, y, sin embargo, hasta hermosa la llamaron.

Aun después de que hubo pasado la causa para que ejerciera atractivo personal sobre el corazón de los demás, cuando era ya muy vieja, su poder no había disminuido.

Los escritores consultábanle sus obras, los pintores le enseñaban sus cuadros, los estadistas le presentaban sus proyectos, y todo eso no era debido solamente a su talento, sino al empeño que ella tenía para servir a sus amigos, para hacerles todo el bien que podía.

Era amable de una manera inconsciente y se interesaba ingenuamente por el bien del prójimo.

Nada importa la hermosura, nada los adornos y las joyas, muy poco el talento, si una y otra cosa no van acompañadas de un carácter simpático, de una cara risueña y de un corazón bondadoso.

El buen humor y los buenos sentimientos se retratan en el rostro, y esas cualidades son las que producen simpatías.

Victor Hugo

El mejor oculista

Goyen, pintor del zar Pablo de Rusia, pintó, por encargo del soberano, un cuadro en el cual debían aparecer retratos de diferentes personalidades conocidas. Un día que el zar visitó al artista durante su trabajo, le dijo que los retratos no eran semejantes a los originales y preguntó cuál podía ser el motivo. El pintor contestó:

—"Se debe a que no veo bien y tampoco tengo bastante aceite para que arda bien mi lámpara".

El zar, que comprendió a qué clase de aceite el pintor se refería, le envió el mismo día algunos miles de rublos con la anotación: "Para la lámpara de Goyen". Algunos días después encontró el zar al pintor que se paseaba en la Alameda Laulawsky, y le preguntó:

—"Bien, maestro Goyen, ¿ve usted mejor?"

—"Seguramente que sí. Señor — contestó el pintor; — en toda Europa no hay mejor oculista que Vuestra Majestad".

TRAPOS Y CHISMES

Os supongo, mis queridas amigas, pasando lo mejor posible la semana del turismo, y leyendo tal vez las "charlas" de vuestra "Retama Blanca", desde alguna quinta florida, o desde una bulliciosa estancia, llena de amigos que toquen de noche la guitarra, y canten coplas en vuestro honor. De estos días pasados en el campo, os quedarán luego recuerdos tal vez indelebles, o por lo menos suaves, que sería muy penoso fueran amargados por alguna incomprensión o futilidad, fácilmente evitable.

Para ir a vivir en una casa extraña, aunque sea la de amigos muy íntimos o parientes, se necesita mucho tacto y habilidad, para ir sorteando el escollo de los caracteres, y que no ocurra por cualpa nuestra, el más mínimo disgusto que pudiera enturbiar unos días de esparcimiento y de solaz. Lo primero que considero conveniente, es evitar en todo lo que sea posible, dar molestias a los dueños y aún a la servidumbre de la casa donde se va a habitar.

Por rica que sea un casa, y buen servicio que posean, siempre es desagradable el huésped que llega a turbar las costumbres y a pedir a deshora el baño templado, y la medicina arreglada en tal forma, o el aperitivo en tal otra.

El huésped que desée hacerse grato en la casa, debe llevar consigo esos mil detalles que, cuando faltan, solo producen molestias en el viajero y en la familia que lo hospeda. En una pequeña cajita debe llevarse hilos de diversos colores, dedal, agujas, alfileres, botones, y tijeras, en fin, cuanto se considere necesario para coser cualquier desperfecto o rotura que pudiese ocurrir en la ropa, durante los días de hospedaje. En otra, debe colocarse un poquito de algodón en rama, un frasquito con "iodo", un paquetito de bicarbonato, un frasquito con goma, unas pastillas de "aspirina", y algo más si acostumbra tomar tónico o medicina alguna. Debe también llevar en el equipaje papel, sobres, y sellos de correos, y repasar en la imaginación, esas pequeñas cosas que necesitamos de continuo, y que, en casa extraña son difíciles de conseguir, o causa molestia el pedirlas. (Desde luego que las mujeres deben llevar los útiles de tocador y limpieza como polvos, perfumes, jabón, toalla, peine, etc., y los hombres máquina de afeitar si la usan, jabón, peine, etc.).



Después de reunidos estos efectos, mucho más convenientes que llevar un gran equipo de ropa, es necesario llevar también lo que pudiéramos llamar "espíritu de huésped", que no todos lo tienen, aunque haya muchos que se precien de poseerlo.

El tal espíritu debe consistir en una educación perfecta, que nos haga estar de perpetuo buen humor, no siendo en ningún modo la sombra que nuble ningún día de los que vivimos en casa ajena. Cuando se prepare una gira campestre, un almuerzo o una expedición, que no seamos nosotros los que echemos a perder la fiesta, pues sabido de todos es el mal efecto de esas cuestiones suscitadas a última hora, en que por una futilidad cualquiera, todos son malas caras, y frases cortadas y piques entre los expedicionarios. No nos importe nunca que seamos de los últimos en vez de ser de los primeros, que vayamos en carro, cuando los demás van en automóvil, pues el huésped educado y que sabe comportarse con delicadeza, lo más que puede hacer es no volver en su vida a la casa donde lo pasó mal, pero mientras esté en ella, procurará no ser nota discordante y que no se desée su partida como una liberación.

No hay nada más desagradable que las personas a quienes hay que rendir un continuo homenaje por temor a que se disgusten. Procuremos, amigas mías, no ser nunca de ellas. Si somos huéspedes, no nos preocupemos del mayor o menor homenaje que se nos rinda, y si por casualidad nos toca el papel de dueña de casa, hagamos todo lo posible porque el huésped se considere como en la suya, dándole una máxima libertad de acción y no mezclándonos en sus asuntos, mientras no causen molestia o perjuicio.

Una mujer de mucho talento, recibió un día en su casa a otra de alta alcuria, ante quien todos los amigos estaban siempre como azorados, procurando serle gratos. Muchas veces se le oyó decir a esta última, lo que le molestaba la demasiada asiduidad de algunas personas, que no dejaban ni a sol ni a sombra como suele decirse, procurando serle gratos, sin conseguirlo, y más de una vez también se le oyó repetir con enojo, aquella célebre frase que Ayala, el autor de "Consuelo", pone en boca de uno de los personajes de su notable obra.

—"¡No es flojo defecto el ser, — obsequioso en demasía...!'

Tocole pues en suerte a la dama de talento, alojar en su casa por unos días a esta otra, noble y solicitada por su elevada posición, y díjole con mucho donaire el primer dia que llegó a su casa. — "Le voy a proporcionar tanta libertad a mi lado, señora que le ruego obre en todo, como si yo no estuviera aquí". Y efectivamente esto era lo agradable para la huéspeda acostumbrada a las solicitudes intempestivas. "¿Quiere Vd. salir?' "¿Desea Vd. algo?" "¿Tiene Vd. apetito?" "¿Le agradaría un paseito?" Y la huéspeda sin poder pensar, ni disfrutar del campo y la contemplación, sino todo el día aceptando obsequiosas manifestaciones o negándose a aceptarlas, y encontrando, como es natural, malas caras, ante lo que juzgaban desagradecimiento y frialdad.

En la casa de la dama sensata, por el contrario, la dama ilustre se creyó por fin en su casa. Cuando necesitaba una cosa, la pedía, cuando quería salir salía, y cuando nó, descansaba. La dueña de la casa, por su parte, tampoco se privó de sus visitas, de sus salidas acostumbradas, ni de su familia, y no había los piques usuales por "si salió sin invitarla", o "fué a tal parte sin darle cuenta", — pues desde el primer momento las dos hicieron lo que les vino en deseo, y no hubo lugar a disgustos, uniéndose para ir juntas a cualquier sitio, cuando las conveniencias particulares de las dos, venían a converger a un punto mismo.

El huésped más querido, es el que menos molestias dá, esta es una verdad concluyente, que nadie podrá poner en duda.

Personas hay que se figuran, caerían en desdoro si hicieran en casa ajena las cosas por su mano, y sin embargo hay que confesar, que muchas personas que no han sido nada en su vida, son las que más quehacer dan a los criados, los que mandan de un modo más despótico, y los que viven una vida inactiva, esperando que los demás les hagan todos los trabajos, sin considerar que mientras más educado se está, mejor se sabe cada uno manejar por si mismo, y más considerado se es con los sirvientes e inferiores.

Los últimos consejos a los huéspedes, sobre todo si se trata de niños o jovencitos sin experiencia, es que procuren ser sobrios en las comidas; que no haya disgusto alguno en las casas donde son acogidos, por causa de sus intemperancias, y que es muy desagradable, que, sobre todo por nuestra causa, o por hechos evitables, termine con una enfermedad, la temporada que pudo ser grata para todos.

* * *

El traje de sociedad cuyo modelo ofrecemos hoy a nuestras lectoras, es muy bonito y original, con su volante sesgado que sube hacia el lado derecho bordeado de pluma o pielecilla blanca, y el motivo bordado con cuentas blancas, terminando en el hombro con el bordado en forma de galón.

Retama Blanca

La salud y las riquezas quitan a los hombres experiencia del mal, inspirándoles la insensibilidad hacia sus semejantes: las personas ya conscientes de su propio infortunio son las más propensas a compadecer a sus prójimos.

Hogar

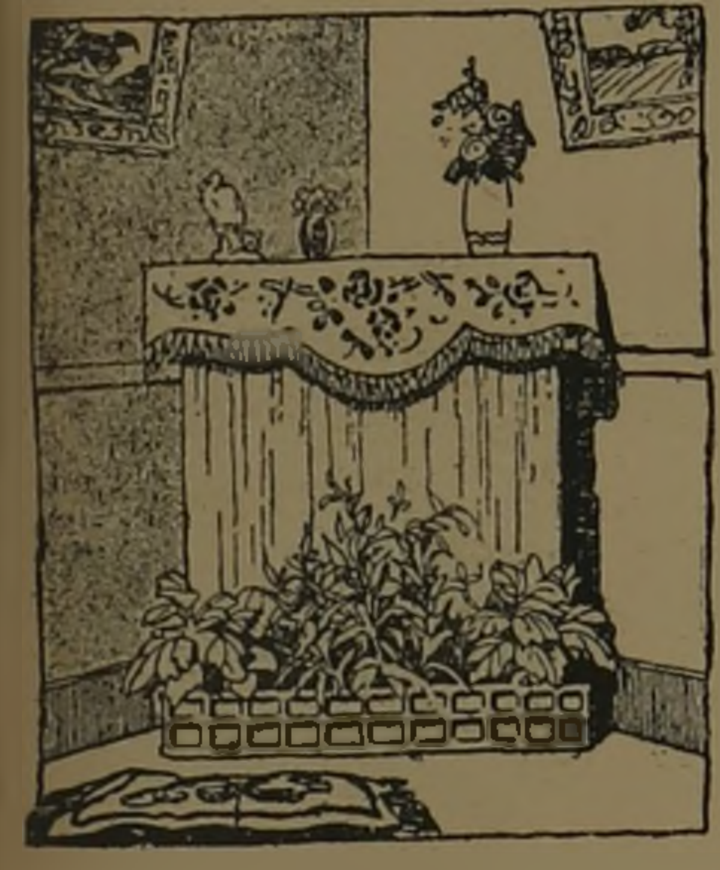
Como se pueden ocultar, elegantemente, las chimeneas y caloríficos

Los aparatos de calefacción actuales rara vez tienen una apariencia artística. Las bellas chimeneas en mármoles ricos o talladas en maderas finas o labradas o esculpidas en piedra, han desaparecido de las viviendas modernas. El progreso solo ha procurado el mayor confort en la calefacción, despreciando u olvidando completamente la parte artística, hasta el extremo de que los aparatos de calefacción suelen



descomponer las líneas y perturbar el estilo y la elegancia de las mansiones del día.

Pero ¿por que no se ha de buscar el medio de conciliar estos dos extremos, el progreso y el arte, y la utilidad y el buen gusto, ponien-



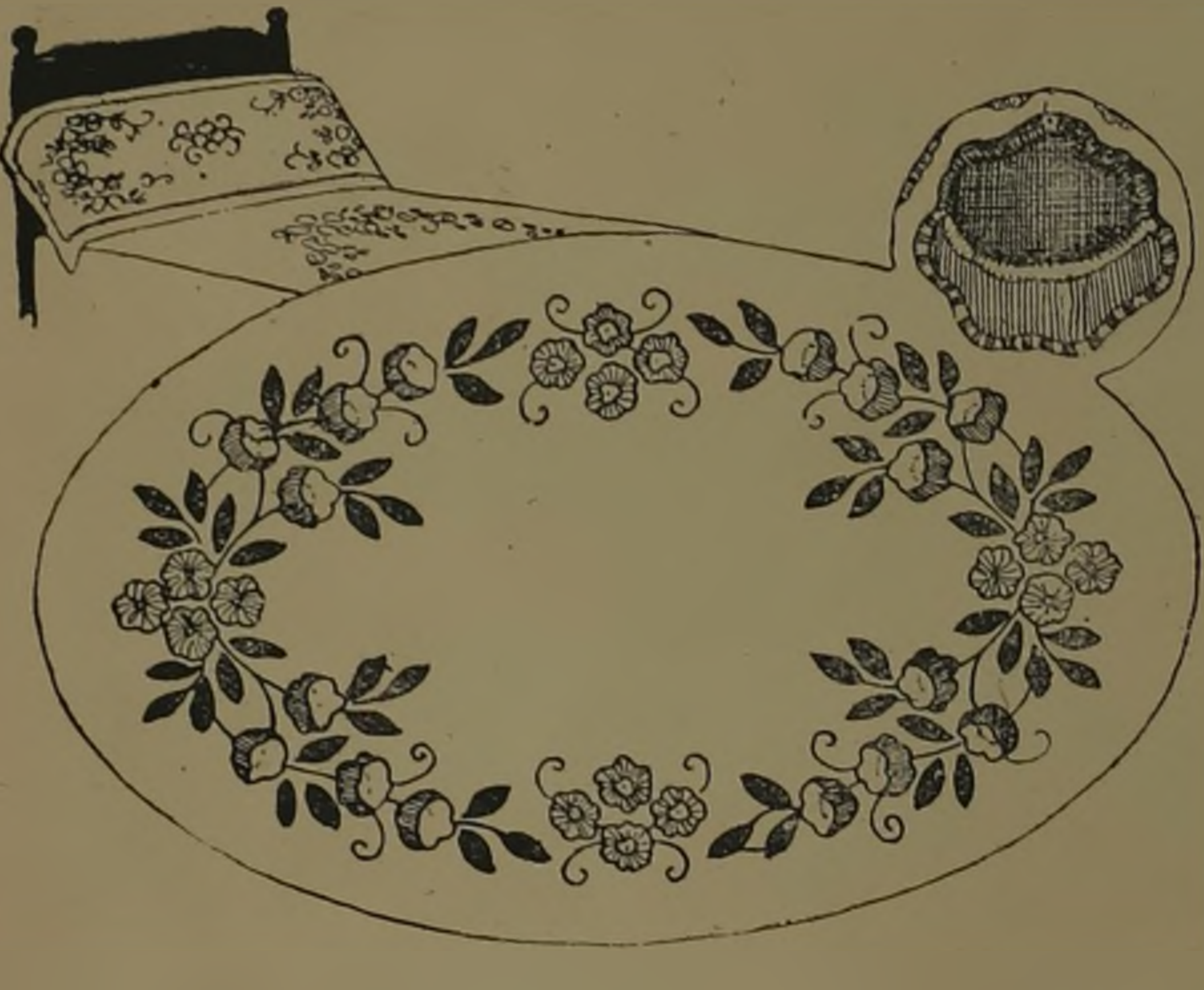
do al aparato de calefacción moderno un poquito de la elegancia que reina en el moblaje? No cuesta tanto, ni es tan difícil, señoras de casa...

Unas cuantas tablas, unos cuantos metros de tela, un poco de pin-



tura o de bordado y ya estará realizado el revestimiento en arte moderno de los descarnados aparatos de calefacción, radiadores o estufas, que suelen ser de hierro desnudo y trastornan nuestros departamentos.

Para revestir una chimenea eléctrica o radiador de vapor, podemos emplear la decoración de la biblioteca moderna (fig. 1), en madera blanca.



El detalle de este mueble se puede hacer facilmente en casa o mediante la ayuda de un carpintero cualquiera. Las tablas se barnizarán con ripolín verde. El color verde es un tono muy de moda que nos encontramos en muchas decoraciones de madera Luis XVIII, período de arte y de belleza que difícilmente será sobrepasado en los modernos tiempos.

El cuerpo de biblioteca encuadra el aparato de calefacción, mientras que las cortinas la ocultan por delante. Los motivos de estas cortinas de sedas o cretona son flores por entre las que revolotean mariposas pintadas, que resaltan mejor que bordadas.

Para calefacción central, puede hacerse un revestimiento de madera barnizada, armonizando con el conjunto de la pieza y sus muebles (fig. 2).

Para revestir una estufa ordinaria de carbón o petróleo, sin tubería, puede adaptarse, además de la tabla superior, una jardinera de flores artificiales que rodea el pié y es de muy buen efecto (fig. 3).

Bordados para recámara

El bordado de aplicación se ha vuelto a usar y es trabajo tan sencillo que cualquiera persona puede hacerlo fácilmente.

Este cubre-cama, hecho de tela de algodón color crudo, está compuesto de dos piezas. Las flores y las hojas están hechas de pedacitos de tela azul y rosa combinados y las hojas verdes; los centros de las flores se bordan con seda café en dos tonos. Las aplicaciones se recortan dándoles la forma del pétalo, se colocan sobre la tela, se hilvanan y luego se les hace a la orilla puntada de ojal (algo separadas las puntadas), con seda del mismo color que la flor que se va pegando. Los tallos se bordan con seda verde.

Para el hombre elegante

Corbatas

Creemos que será del agrado de nuestras lectoras, el que dediquemos también algún espacio a ocuparnos de los decretos de la moda para el hombre que, en realidad o en ilusión es siempre el compañero de su vida.

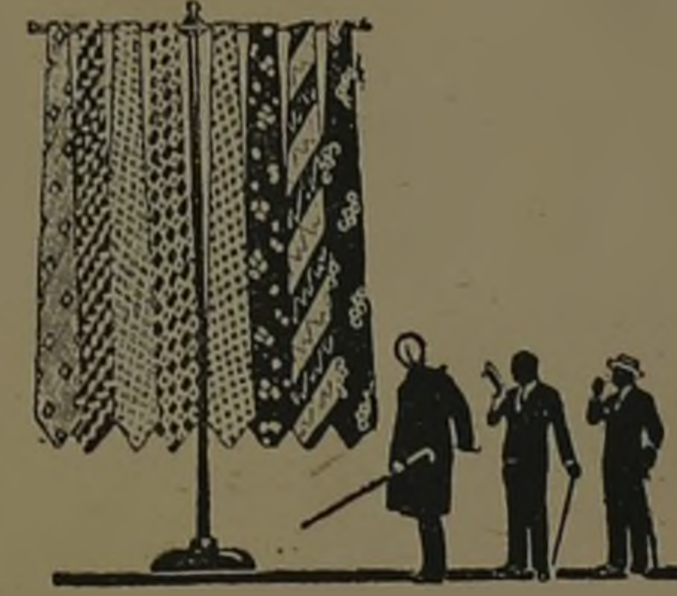
Daré hoy a mis lectoras algunos patrones interesantes de corbatas que acaban de salir de fábrica para la presente estación. Lo que sobresale actualmente en las nuevas combinaciones de corbatas, son los contrastes de colores, fuertes o sencillamente negro y blanco, sin obedecer a ninguna regla general de armonía. Las corbatas modernas representan dibujos completamente desconcertantes, combinaciones de verde y rojo, negro y amarillo, azul y cereza. Dice uno de los más importantes dueños de fábricas de los Estados Unidos, que eran tales las exigencias de su clientela, que se vió en la necesidad de crear modelos casi absurdos. En



el modelo que ilustra estas líneas, encontrarán los lectores una serie de corbatas que gozan de gran aceptación, tanto en Londres como en Nueva York, y mejor que cualquier descripción, sirve este muestrario para orientar la elección de los elegantes.

Camisas

Las camisas con listas de colores vivos están muy de moda; el dibujo



es muy efectista; estas líneas son de un solo color; verde, azul, negro, morado y rojo.

La idea de hacer combinar estas camisas con la corbata es un tanto excéntrica, pero muy exclusiva y elegante, las listas o dibujos de la corbata deben ser del mismo tono que las de la camisa, volviendo así más uniforme el respecto.

En cuanto a los cuellos, estos pueden ser blancos, suaves o almidonados, bastante bajos conforme el modelo que presentamos.

Calzado

El calzado propio para llevar con frac o smoking, son los zapatos ba-



jos de charol; por el momento se usan con las suelas un poco salientes, una tira estrecha de ojillos marcando la puntera, y con una cinta de seda de un dedo de ancho, hecho un lacito arriba del cierre.



La manera más práctica de conservar al calzado durante mucho tiempo con la mejor apariencia posible, es tener una horma de madera dividida en dos partes separadas y unidas en el medio por una manivela.

LOS CINCO PERROS DE "FIFI"

Fifi tiene cinco perritos blancos.. Pero dejemos que ella misma nos hable de tan preciosos animalejos. "Son cinco vellones finísimos, que se acurrucan sobre los almohadones de tejido persa o se duermen sobre mis brazos, entornando perezosamente sus ojillos vivaces e inteligentes. Como los reales de Villamediana, pero más desinteresados y humildes, *son mis amores*. Cuando me levanto del lecho, la primera de mis doncellas ya los ha lavado y perfumado y les ha procurado el desayuno, compuesto de tiernos bizcochitos de vainilla empapados en leche. Ellos, al verme aparecer, agitan sus colas, que parecen plumas rizadas, se alzan sobre sus patitas traseras y vienen a solicitar de mis labios un beso. Luego juegan unos con otros, se derriban sobre las alfombras, se esconden debajo de mis silloncitos de laca con incrustaciones de nácar y luego tornan a mordisquear el borde de mi falda y a demandar una nueva caricia con una tierna e ingenua alegría solicita que ningún amante es capaz de emular".

Fifi ha dicho todo esto en casa de una vieja parienta, a quien no suele visitar, temerosa de su repulsa y de sus admoniciones severas; porque *Fifi*, es decir, Rufina, se ha separado, ¡ay!, de la *diritta via* en medio del camino de su espléndida juventud. No obstante, su agnada severa y virtuosa ha perdido a su esposo legal y *Fifi* ha creído un deber presentarse a expresarle sus condolencias. Ha entrado tímida y únicamente se ha atrevido a hablar al convencerse de que era bien acogida y de que se la otorgaba un perdón momentáneo, algo así como un breve armisticio ético. Pasada esta ocasión, volverá a ser la sobrina descarriada, la culpable deshonorante de una familia austera y no osará repetir sus visitas hasta que una nueva desgracia de sus allegados la imponga el deber de calmar sus penas con el grato bálsamo de su risueña y cordialísima frivolidad.

La presencia de *Fifi* en la casa mortuoria, al tercer día de verificarse el sepelio, ha sido para la concurrencia enlutada un motivo de escándalo o, para los más tolerantes, de asombro. *Fifi* se presentó vestida de negro, pero con los labios teñidos de carmín, los párpados sombreados descaradamente a lo largo de las hileras de las pestañas y el cabello cortado a lo *garçon*. Huelga decir que iba primorosamente calzada y ceñidas las bien torneadas piernas con medias de seda de sesenta francos, adquiridas en pleno *boulevard* de los Italianos. Hay que reconocer que su bondad ingénita, su charla cariñosa y casi infantil y aun su volubilidad inofensiva y un tanto despreocupada la han captado las simpatías de muchas señoras severas, aun cuando hayan querido demostrarse a sí mismas lo contrario en el fondo de su corazón.

"Me dispensarás, querida tía — ha dicho la joven mundana, — que venga muy pocas veces a verte. Soy demasiado conocida en los centros elegantes de diversión para no temer comprometer tu buen nombre. Ya sabes que yo hubiera querido imitar tus virtudes y seguir tus ejemplos; pero la vida es muy complicada y cada ser tiene su sino señalado. Por lo demás, puedes estar segura de que no soy mala y de que siento admiración por todo lo que está por encima de mí".

Habló luego de su último viaje a Italia, de su visita al Papa, quien la dió su bendición y la llamó *pecorina amata*, mientras ella besaba la sandalia del anciano omnisciente; contó sus excursiones a Basilicata y a Sorrento, y por último volvió a hablar de sus queridísimos canes, de sus perritos albos y sedosos a quienes prodigaba caricias dándoles calor en su seno.

En aquel momento, una señora enlutada, rígida, de semblante severo y displicente, miró despectivamente a *Fifi* y la dijo en tono de agria reconvención:

"Envidio sinceramente a usted, señorita, que tiene tiempo para echar los días y las noches a perros. Por mi parte, madre de cinco hijos, que son otros tantos granujas, menores de doce años, no puedo distraerme con animales, ocupada como me hallo en limpiar los mocos a los pequeños y andar a torniscones con los otros, zurcirles la ropa y andar hecha una azacana para que vayan limpios, cosa que no consigo jamás, y para que no lo rompan todo con sus juegos de pequeños salvajes. Si tuviera usted mis quehaceres, que son los de la mayor parte de las honestas madres de familia, estoy bien segura de que pondría usted a sus perritos en mitad del arroyo o los regalaría a un peletero para que hiciera adornos de invierno con sus delicadas pelambreras".

Durante unos momentos ha enmudecido la pobre *Fifi* y a sus pupilas ha asomado una lágrima. Después, con acento humilde y resignado, pero firme, ha contestado a su reprensora en los siguientes términos:

"Señora: bien sabe Dios que daría la mitad de mi vida por poder emplear otra media en criar y educar a mis hijos, en imitar a usted en sus tareas de azacana y en todo menos en llamar a mis hijos granujas y salvajes y menos en golpearlos, porque a los hijos no se les pega; pero no he conocido padre ni madre; me he visto a los quince años en mitad del arroyo; he carecido de guías y de preceptores. Engañada por un miserable, he encontrado luego un generoso protector, que no me da su nombre, pero que me rodea de todo género de comodidades y refinamientos, salvándome de la miseria y de sus peligros mortales, y al cual sería una ingratitud abandonar. Vivimos usted y yo en universos distintos; pero yo comprendo y reverencio el de usted, cerrado para mí, y usted parece no comprender ni disculpar el mío. Siento, como todas las mujeres y tal vez más que muchas genitoras, el instinto de maternidad; pero no tengo hijos y estoy convencida de que no es culpa mía. Falta de afectos sinceros y entrañables, desahogo ese afán no satisfecho de prodigar caricias maternales, cuidando a mis perritos. Si fueran hijos los cuidaría mucho mejor y no renegaría de los trabajos que me proporcionaran. Dirá usted que por qué no adopto hijos ajenos. La contestación no es difícil de adivinar. Dependo de la voluntad ajena y no dispongo de la propia, ni puedo asegurar a un hijo adoptivo un porvenir honroso; pero en el fondo del alma soy madre, y la prueba es que respeto a usted y la deseo muchos años de vida para cuidar a esos chiquitines que la bendecirán algún día, mientras a mí nadie me recordará, porque no tuve la suerte de encontrarme la virtud hecha".

Decía esto con la voz empañada por la emoción, casi llorosa. De haberla visto en tal estado sus perritos, es seguro que hubieran venido a acariciarla; porque los perros nada saben de la moral histórica y les basta saber quién los hace bien o quién los maltrata.

La señora virtuosa ha pronunciado algunas frases de atenuado pero yerto desdén y ha salido de la habitación, después de despedirse afectuosamente de todos, mostrando al andar su cansancio de su vida vulgar y agitada.

Entonces un hombre de corazón se ha acercado a la mal llamada aventurera y la ha dicho, estrechando su mano finamente enguantada:

"¡Siga usted cuidando a sus perritos, tierna y bondadosa *Fifi*".

Antonio Zozaya

El autogiro de La Cierva

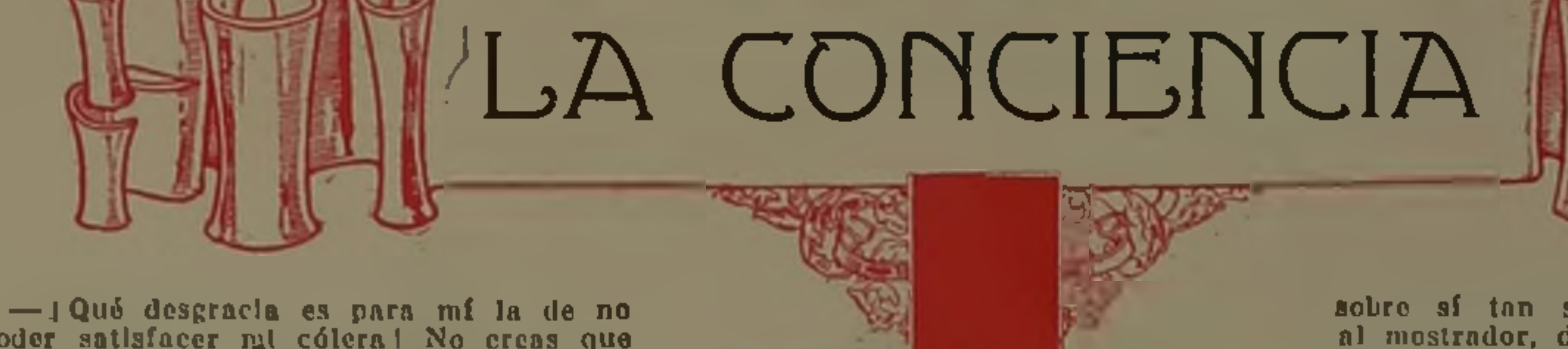
Triunfa en Paris



En pleno vuelo: el autogiro se detiene un instante en el aire preparando un descenso en línea casi vertical

El autogiro visto de cerca. El aparato se diferencia esencialmente de los aeroplanos corrientes en la hélice de cuatro palas montada sobre un fuerte árbol que preside los movimientos de sustentación y descenso casi verticales.

En estos momentos en que la hazaña de Franco y sus valerosos compañeros, ha conmovido todos los ánimos, cobran mayor interes todos los temas relacionados con el dominio del aire. Entre los ensayos últimamente realizados en tal sentido, merecen destacarse los realizados con gran éxito en París, con el aparato de que es inventor el ilustre ingeniero español, D. Juan de La Cierva y Codorniú cuyas fotografías publicamos.



Nadir pertenecía a la casa del gran visir, donde cumplía las delicadas funciones de oficial del tabaco y de las pipas. El cuidado que tenía de su persona y vestidos, su exactitud en orar cinco veces al día, el escrupuloso ayuno que observaba cuando era de precepto, sus frecuentes limosnas y, en fin, su peregrinación reciente a la Meca, teníanle en opinión de musulmán excelente.

Además era buen servidor, y cuidaba con atención las mil y cien pipas que le estaban confiadas. Por eso era muy querido de su amo, quien le había dado un testimonio de su magnífica bondad facilitándole los medios de entregar el pañuelo de los desposorios a una favorita de la esposa del sultán.

La favorita ostentaba el dulce nombre de Fátima, tan preclaro entre los fieles del profeta. Nadir la quería y ella le correspondía tiernamente, y como la sultana y el gran visir les prodigaban las manifestaciones de una munificencia inagotable, los dos esposos habrían podido vivir satisfechos con la suerte que les deparaba el destino, si no hubiesen deseado en vano tener un hijo a quien llenar de caricias.

Dos años habían pasado sin que el cielo fuese propicio a su deseo, lo cual era para Nadir motivo de tristeza, y para Fátima de tanta amargura como alarma, pues temía que su esposo acabara por mirarla con indiferencia y abandonarla por una rival más dichosa. Y su temor se halló excitado cuando Nadir, bien porque concibiese el deseo de sustraerse, viajando, a la pena que sentía en su casa, o fuese porque sus negocios le obligasen a abandonar la ciudad donde residía, lo cierto es que pidió permiso al gran visir para salir en una caravana.

Cuando Fátima supo la resolución de su marido, consideró cierta su desgracia, y pensó que su hermosura no podía compensarle de haberle privado de conocer los encantos de la paternidad.

Ni llantos ni súplicas pudieron hacer que Nadir desistiera de su proyecto...
Entonces la favorita de la sultana dejó de lamentarse y mostró un furor extremado contra su propia persona

Ni llantos ni súplicas pudieron hacer que Nadir desistiera de su proyecto. Entonces la favorita de la sultana dejó de lamentarse y mostró un furor extremado contra su propia persona.

— Si te marchas — decía a Nadir —, puedes estar seguro de que me cortaré las dos muñecas.

— Te suplico que no seas tan cruel contigo misma — decía el marido.

Trataba de seguir calmándola con palabras afectuosas, sin poder conseguirlo. Hasta que después de reflexionar un instante sacó un puñal, se lo ofreció a Fátima y dijo:

— Puesto que mis instancias no te devuelven la razón, toma esta hoja afilada y realiza tu designio, porque yo he resuelto marcharme.

Fátima se apoderó con una mano del arma, cuyo filo puso sobre el otro puño, y mirando a Nadir le anunció:

— No tardarás en ver correr mi sangre.

Nadir permaneció impasible, y respondió:

— Corra la sangre, si está escrito que debe correr.

Fátima hizo un gesto de rabia, pero ni su piel, ni la hoja del puñal se tiñeron de rojo, y arrojando el arma exclamó:

— ¡Qué desgracia es para mí la de no poder satisfacer mi cólera! No creas que el temor de padecer o de verme privada de mis manos ha podido contenerme. No. Lo único que me ha detenido ha sido la idea de que cuando me hubiera cortado una muñeca me habría sido imposible cortarme la otra.

— Doy gracias a Alá — dijo Nadir — por haberte enviado tan a tiempo la idea que te ha impedido cometer un acto de barbarie, de que luego te habrías arrepentido, y que me habría causado mucha pena.

— No es verdad lo que dices, puesto que tú mismo has puesto en mis manos el puñal.

— Bien hice, puesto que tú has pensado de otro modo en cuanto le viste en tu poder.

Estas palabras aumentaron la ira de Fátima, que sólo pudo decir:

— Mi muerte, si te ha de causar alguna pena, no me vengará de tu dureza; pero me dejará libre. Marcha, y no olvides que al volver hallarás la casa desierta.

— Escucha — repuso Nadir —: si consientes en no turbar nuestra despedida con palabras tan negras, te prometo darte...

— Tus promesas no impedirán mi muerte. ¿Pero qué me darás?

— Una pieza de seda de Persia para que te hagas un magnífico vestido.

— Lo que quiero es morir... Di: ¿ese vestido tendrá franjas de plata?

— Sí.

— Las serpientes y las franjas de oro valen más.

— Cuestan más caro, y no soy rico.

Fátima escondió su rostro entre las manos y lanzó fuertes suspiros.

— No quiero seda de la Persia con franjas de plata — repetía —; lo que quiero es morir.

Esta vez los gritos de Fátima eran tan desgarradores, que él se conmovió, y le dijo:

— Consuélate; retrasaré mi marcha.

Apenas habló así Nadir, cuando Fátima alzó vivamente la cabeza.

— Y si retrasas tu viaje — preguntó con inquietud —, ¿me darás también la tela que me has prometido?

— No, pues te hacía ese regalo para poder salir hoy mismo de mi casa sin oír tus lamentos.

La esposa de Nadir lanzó nuevos suspiros; luego se enjugó los ojos con las puntas del velo, y cogiendo de las manos a su marido le dijo:

— Mi dueño y mi señor. Perdóname si hé querido contrariar tu voluntad. ¡Ay! ¡Qué poco merecía ese regalo que querías hacerme de una hermosa pieza de seda de la Persia con serpientes y franjas de oro!

Nadir quiso en ese punto interrumpir a su mujer; pero ella continuó rápidamente, renovando su consentimiento para aquel viaje, y haciendo protestas de sumisión y de amor a su marido.

Nadir experimentó mucha alegría cuando vió que Fátima mostraba tanta dulzura y resignación; pero una reflexión vino a turbar un poco su alegría. Si su mujer se había calmado era con la esperanza de un regalo mejor del que él podía hacerle, puesto que ella esperaba la seda con adornos de oro y no con franjas de plata. Sin embargo, resuelto a cumplir su palabra, fué a las tiendas de los mercaderes y vió que ninguna de aquellas telas se podían adquirir con el dinero que llevaba.

En aquella tribulación se hallaba cuando encontró al porta-cimitarra del sultán, amigo suyo de hacía muchos a.os. Ese hombre conoció que Nadir estaba triste y le rogó que le confiara la causa de su amargura. Nadir le refirió lo que le acontecía, y su amigo se puso a meditar, hasta que al fin le dijo:

— ¿Quieres cumplir tu promesa y no gastar mucho?

— Sí, pero eso es imposible.

— Al contrario. Nada más fácil. Vuelve al bazar conmigo y tendrás lo que te hace falta por la mitad de una moneda de oro.

Los dos amigos se dirigieron al lugar donde se vendían las telas, y en el camino tuvieron que detenerse para dejar paso a la comitiva del cadí, que se encaminaba al mercado. El magistrado se detuvo a la puerta de un tahonero armenio, el cual se puso a temblar como las hojas estremecidas por el viento. Las gentes del cadí pesaron en las balanzas que llevaban algunos panes de los que vendía aquel hombre, y el peso manifestó la mala fe del panadero, que fué condenado por su fraude a sufrir cincuenta palos en las plantas de los pies, y según el uso la sentencia fué ejecutada inmediatamente. Nadir profesaba la opinión de que el castigo de un culpable era un espectáculo saludable, y se puso en primera fila para presenciar el suplicio. El armenio que recibía los palos daba tan extraños gritos y eran tan especiales sus gestos, que Nadir comenzó a reír a carcajadas. Y el panadero le miró entonces fijamente con unos ojos cuyas pupilas se hacían grandes y pequeñas como las del gato, el animal querido del profeta, cuyo ojo de esmeralda penetra las tinieblas, y acabó por decirle:

— ¿Por qué te ríes de mi desgracia? ¿Es justo añadir a mi castigo una burla a la que no he sido condenado? Ten cuidado, no vayas a demostrar antes de que acabe el día una conciencia más escasa que yo en mis panes.

Nadir y su amigo prosiguieron su camino; pero no anduvieron muchos pasos sin que tropezaran con un enorme grupo de gente que miraba a un hombre que había sido clavado por una oreja a la puerta de una casa. Nadir pensó que el gran cadí había pasado por aquel lugar, y así era cierto, porque se trataba de un abacero que se aprovechaba del acaparamiento para vender a más alto precio del que estaba permitido.

Y como las palabras del tahonero le habían hecho al servidor del gran visir menos implacable con los delincuentes, pronunció en favor del tendero algunas palabras compasivas. Pero el hombre de la oreja clavada le contestó de esta manera:

— Tu falsa y humillante compasión, lejos de consolarme, hace mayor mi pena. No sigas con tus lamentos hipócritas. Y si no te apresuras a cerrar tu corazón a la avaricia, pronto te sentirás desgarrado con más dolor que el que yo siento en la oreja.

Continuaron los dos su camino, y Nadir tuvo que hacer sfuerzos para aplacar la ira del portacimitarra, que al ver cómo los dos sentenciados increpaban a su amigo, quería ir a pedir al sultán que condenase a los culpables a penas más severas, y si era posible definitivas.

Cuando llegaron al bazar, Nadir había perdido ya memoria de lo que hubo tenido que oír, y sólo pensaba en si podría cumplir su promesa a Fátima con tan exiguo coste.

— Dame el valor de media moneda de oro, y yo cerraré el trato — dijo el portacimitarra.

Nadir, aunque desconfiado del éxito de la gestión, le dió la cantidad pedida, y se aprestó curiosamente a conocer el final de la aventura. El que había atraído sobre sí tan singular comisión acercóse al mostrador, donde estaban las piezas de seda, tal como las deseaba Fátima, y mandó que le cortaran un pedazo que no era más grande de dos cuartas. Satisfizo su precio y se fué a donde estaba Nadir, que se había retirado para que no le alcanzaran los denuestos o las chanzas que él creía que debían llover sobre el arriesgado emisario.

— ¿Qué puedo hacer con esto? — preguntó Nadir al recibir aquel insignificante retazo.

— Cumplir la promesa que has hecho a Fátima.

— Pero este trozo de tela es tan pequeño que apenas basta para vestir una ardilla. Ahora bien: que yo conozco que no falto a mi palabra, porque no dije si el vestido que podría hacerse con la tela que yo llevara sería grande o pequeño.

En fin: Nadir ahogó la voz de su conciencia y acabó por creer que su amigo le había dado un buen consejo. Sin embargo, como no por ello dejaba de temer las reconvenciones, las lágrimas y la cólera de su mujer, resolvió marcharse sin despedirse, y suplicó al porta-cimitarra que llevara el pedazo de tela a su casa al mismo tiempo que le hacía sacar su equipaje.

Los deseos de Nadir fueron cumplidos, y al otro día se puso en camino con una caravana de cincuenta camellos. Estuvo viajando más de dos años, y llegó un día en que sintió la añoranza de su patria y de su casa. Pero no quiso volver a ellas sin haber visitado esa perla de las ciudades de Oriente que los musulmanes llaman Izmir y los cristianos Esmirna. Pocos días hacía que se encontraba en esta ciudad, cuando en sus paseos se encontró con un hombre cuyas miradas se clavaron en él. Los ojos de aquel hombre tenían algo extraño, y por momentos parecían que se dilataban desmesuradamente. Nadir sintió una especie de fascinación, a la cual esperaba sustraerse apresurando el paso; pero el hombre le alcanzó muy luego, y le preguntó:



Nadir vió a los dos hombres de Esmirna... Tu conciencia estaba como mis panes — dijo uno — y me río de tu dolor..

— ¿Por qué huyes?

— Y tú ¿por qué me sigues?

— Porque tengo que darte una gran noticia.

— ¿Qué noticia es?

— Te la diré a la hora en que el almuédano anuncia desde lo alto de su alminar que ha llegado para los creyentes el instante de rezar su tercera oración. Es la hora también en que los cadíes mandan dar de palos a los tenderos que lo merecen... Me verás aquí.

Aquel hombre se alejó riendo, y al poco tiempo Nadir oyó otra voz que tampoco le era desconocida, y le decía así:

— Te buscaba.

— ¿Y qué me quieres?

— Quiero decirte lo que has ignorado demasiado tiempo, para que vuelvas cuanto antes a tu casa.

— ¡Debo encontrar en ella la felicidad o el infortunio?

— Lo sabrás si quieres esperarme en este sitio hasta que el sol se haya acercado más a las aguas del mar, donde todas las tardes se sumerge después de haber quemado el rostro de los desgraciados que con la oreja clavada a la puerta de su tienda expían la falta de haber vendido sus mercancías más caras de lo debido.

Y terminadas estas palabras, volvió la espalda y en breve tiempo desapareció.

Decidido a no faltar a la doble cita que acababan de darle, Nadir buscó por allí cerca un lugar propicio para esperar el momento indicado. Distinguió una fuente, a la que daba sombra un plátano, y allá fué a sentarse junto al agua, no tardando en abandonarse a una meditación profunda. De repente se le representaba la imagen de Fátima, acusándole de haberla engañado, y el infeliz temblaba, persuadido de que aquellos dos hombres a quienes esperaba eran mensajeros de desgracia.

Estos pensamientos fueron interrumpidos por el canto del almuédano. Al momento Nadir hizo sus abluciones y recitó su tercera oración del día. Cuando concluyó, vió que llegaban allí de dos sitios opuestos el hombre de los ojos que se dilataban y el de la sonrisa burlona. Ambos se le acercaron a un tiempo.

— Ha llegado el momento — dijo el primero — de que conozcas el suceso que te atañe.

— Digno servidor del gran visir — añadió el segundo —: dispuesto estoy a hablarte.

— Os escucho.

— Has de saber que pocos días después de tu marcha, la hermosa Fátima conoció que iba a ser madre.

— Y te ha dado un hijo.

— Alá es grande — exclamó Nadir, con el corazón lleno de júbilo —. Alá os proteja a vosotros, que me anunciáis tan feliz nueva. Quiero que seáis recompensados: pedidme algo que esté en mi poder y lo tendréis.

— Antes de regocijarte, vuelve a tu casa — dijo uno.

— Feliz esposo de la bella Fátima — siguió el otro —: la única gracia que pido al profeta y la única recompensa que quiero obtener de tí es hallarme delante cuando la nodriza de tu hijo te lo presente por primera vez.

Y los dos desaparecieron antes de que Nadir hubiese podido dirigirles una sola palabra.

El marido de Fátima viajó con rapidez extraordinaria, hasta que al fin, quebrantado de cansancio y ardiendo en impaciencia, llegó al umbral de su puerta y penetró sin detenerse hacia los aposentos de su mujer, que al verle dió un grito y manifestó una alegría mezclada de temor y turbación.

— Durante mi viaje — dijo Nadir — he tenido un sueño muy grato y que consideré como el reflejo de una realidad dichosa.

— ¿Y cuál es?

— Parecíame que al entrar en esta casa encontraría en ella un hijo, cuyas caricias nos repartiríamos.

Fátima condujo a su esposo hasta un diván, donde había un espléndido turbante.

— Levántate y mira — repuso.

— Es un turbante muy hermoso — contestó Nadir —. Se trata sin duda de un regalo que querías hacerme a mi regreso. Pero ¿y mi hijo?

— Ahí dentro está.

— ¿Cómo? ¿En ese turbante justo para mi cabeza?

— Sí.

Nadir miró el fondo del turbante y distinguió en él la criatura más pequeña que es posible ver.

— Este es el hijo de un enano y no el mío — exclamó Nadir, lleno de indignación. — No puede tener por madre más que una esposa criminal...

Fátima se apoderó del niño para defenderlo, y Nadir advirtió entonces que el pequeñuelo tenía un vestido hecho con aquella tela que con tan mala fe regaló el astuto esposo a la confiada mujer, y pensó que tal hijo era un castigo por haber eludido una promesa solemne con un raciocinio falso. No lo dudó cuando vió que el niño tenía el tamaño de una ardilla, lindo animal para quien él había dicho que se podía hacer un traje con el pedazo de seda comprado tan barato.

Dos carcajadas se oyeron en la calle, y Nadir, acercándose a una ventana, levantó la celosía y vió a los dos hombres de Esmirna.

— Tu conciencia estaba como mis panes — dijo uno, — y me río de tu dolor, como tú te reíste de los palos que me daban en las plantas de los pies.

— Feliz esposo de la hermosa Fátima — dijo el otro —: mi oreja clavada no excitó en ti más que una compasión fingida y humillante, y hoy que tienes el corazón desgarrado deseo que todos te desprecien.

Nadir llamó a un esclavo y le dió esta orden:

— Que den una bolsa llena de oro a cada uno de esos hombres. Les debía una mala acción ante Alá, y acaban de cobrármela.

Y luego, cediendo al primer impulso de amor paterno, tomó en sus brazos al niño, que es de suponer que luego crecería como los demás, porque el cuitado no tenía la culpa de las trapacerías ajenas.

Pedro de Repide.

El azucar de las tunas

La manera con que ha sido descubierta la presencia del azúcar en el higo chumbo ha sido original, si se acepta la versión hecha por F. Malepeyre. Merece la pena de ser contada, dejando a dicho autor la responsabilidad del relato. He aquí lo que dice F. Malepeyre: "El general Lamoricine, que mandaba en Argelia en 1842, había notado que los soldados franceses comían muchos higos chumbos, fruto tan sano como agradable, y que poco celosos de la salud pública, dejaban en las calles y en los rincones de los cuarteles la piel de los chumbos, piel que se corrompía fácilmente exhalando un olor fétido. Entonces el general ordenó que todos aquellos desperdicios fueran arrojados lejos de la ciudad y en un sitio descubierto donde el sol pudiera desecarlos fácilmente y neutralizarse el efecto pernicioso de los mismos.

La orden fué ejecutada, y bien pronto se formaron grandes masas de pieles de higos chumbos. Un día el general notó, en uno de sus paseos o haciendo el servicio de ronda, que aquellas masas se cubrían de una costra blanca. Esto le pareció extraordinario. Se fijó y vió una eflorescencia parecida a la que se observa en los terrenos salitrosos. Hizo recoger entonces una cierta cantidad de dicha substancia y examinada detenidamente se descubrió una cristalización blanca y brillante, que se reconoció más tarde como de azúcar pura cristalizada de un modo admirable'.

Cualquiera que sea el origen de este descubrimiento, no es dudoso que la riqueza sacarinosa de estos frutos permite preparar con los higos chumbos una bebidas o refrescos agradables y hasta una especie de aguardiente muy sabroso, según dicen los que lo han probado.

No discutáis nunca; no convenceréis a nadie. Las opiniones son como los clavos: cuanto más se los golpea, más se hunden.

Obra maestra es la que no produce dinero.

Sabéis lo que es el perdón? La indiferencia por aquello que no nos afecta.

Concurso de dibujos infantiles

MUNDO URUGUAYO abre un concurso de dibujos infantiles en el que pueden intervenir todos sus pequeños lectores. Los dibujos que se envíen no han de ser copiados y serán hechos con pluma y tinta negra en un papel o cartulina blanca, de tamaño de una postal. Deberán ser acompañados del título o explicaciones de lo que representan, nombre, dirección y edad del pequeño autor, al respaldo



"Mi primo Alberto en pose para Mundo Uruguayo", por María Delia Bottinelli, edad 10 años



"La criada de mi casa", por Tolita Tiñera Alvarez, edad 11 años



"El herrero", por Juan A. Cabrera, edad 12 años



"El descubridor de la atorrantolosis radiológica, por Julio A. Rocca, edad 13 años



"Cerca de las casas", por Miguel Angel González Bocage, edad 8 años



"Pendibeni, el mejor centro forward de Sud América", por Hortensio Orlando Barreto, edad 13 años



"Chit que está la vieja" por Yamandú Martorell, edad 9 años



"Almahides, cantando; "Entra Nomás...", por Juan C. Lombardi, edad 9 años

LA VIDA DE BERLIN

No sé si alguien ha dicho ya; pero puede repetirse: Berlín es una ciudad sin tradición y sin carácter.

Todo allí parece recién hecho: las calles, los edificios, los jardines. Hasta la gente tiene el aspecto recién lavado y flamante de las casas y los monumentos.

El cielo mismo, de un azul descolorido de la impresión de ser frotado cada mañana a la hora en que se frotan los parques, las alfombras, las puertas y los vidrios en el interior de los "Wohnung".

Los ojos no distinguen una columna de humo, elevándose en el espacio. No hay un grupo de nubes en el cielo berlinés en que puedan reposar las miradas. Se diría que hasta los aviones que lo cruzan tienen el temor de imprimir su huella en él, y es por eso que pasan a poca altura, con lentitud, con precaución, para no tocarlo, para no rayarlo.

Las casas de Berlín tienen todas el mismo aspecto de colmenas gigantes. Hay calles en que hasta el color y la dimensión de los edificios es invariable: seis pisos, rojos los techos, de un rojo sin patina de lluvias ni de nieves. Grises las fachadas y blancos como acabados de pintar, los marcos de las ventanas y de las puertas.

En los primeros días, a mí me costaba un mundo, a pesar del número, distinguir cuál era la mía entre todas las casas de mi calle.

Un español a quien confesaba esta dificultad cotidiana, me decía:

Hombre, eso no es nada. Figúrese, yo estoy en Berlín hace dos años y no puedo hacer diferencias aún entre el nombre de una calle y el de otra. Todas terminan en "strasse" Fiedrichstrasse, Wilhelmstrasse, Joachimstrasse...

Esta similidad se encuentra hasta en los hombres. El berlinés es generalmente grande, bien edificado, de movimientos seguros y precisos.

Cada berlinés tiene una cabeza absolutamente redonda, pequeña y rapa. Y cada cabeza tiene un par de anteojos y un par de ojos cuya expresión contienen siempre igual dosis de dureza y desconfianza que todos los ojos de todo berlinés.

En un teatro me presentaron al director de una revista literaria. Departimos amigablemente y al separarnos quedó convenido entre ambos que él me avisaría por una carta el día en que podríamos continuar nuestra interesante conversación en su oficina.

Al día siguiente lo encontré en un cabaret. Distraído sin duda por el ritmo de la orquesta y por ligeros y agradables pensamientos, no contestó a mi saludo. A este detalle, naturalmente, yo no le di importancia alguna. Dos días más tarde volvía a encontrarlo en otro cabaret. Como la vez anterior, no respondió a mi signo de amistad. Un día después tuve ocasión de verlo tres o cuatro veces en el espacio de dos horas y en sitios diferentes. Siempre con sus anteojos de montura de carey, su abrigo de gabardina verde y su sombrero de fieltro claro. Esta vez, como se obstinara en no responder a mis inclinaciones de cabeza, comprendí que se trataba de un hombre de memoria frágil, para quien la imagen de mi fisonomía, se había desvanecido desde el primer momento.

Finalmente, una noche, en un café de Kurfurstendam, un hombre vino a mi encuentro, saludándome con ademanes de extrema cordialidad. Era él.

—Hein Herra, qué alegría. He estado diez días en cama y temía que usted se hubiera ido ya de Berlín.

Ocurre que los hombres de otras partes del mundo, pueden tener un doble. Un berlinés puede contar con triple, quintuple y hasta octuple.

La limpieza, la seriedad y los letreros son en Alemania instituciones nacionales.

La limpieza no es esmerada. Es exagerada, infinta, inverosimil. Todo aquí tiene el brillo inmaculado de lo nuevo, de lo recién construído, de lo recién adquirido.

Los pavimentos de los bulevares, como los pisos de las habitaciones, el mármol de las estufas, el clazado de los transeuntes y hasta las hojas de los árboles, ofrecen un relumbre de espejo que desespera. Si en una avenida, despreocupadamente se os cae un papel inútil, una caja de fósforos vacía, inmediatamente, sin saber de dónde surge un hombre que recoge el desperdicio y cuya misión es velar por la eterna limpieza del suelo. En un café, no es posible terminar un cigarro sin que el "ober" vestido de frac no cambie dos o tres veces el cenicero que tenéis al frente y frote otras tantas la cubierta de la mesa.

A las primeras horas de la mañana los cepillos, los trapos, las pomadas y las escobas entran en actividad. Los pasadizos y las piezas se llenan de ese rumor acompasado que se siente en los barcos a la hora del aseo de las cubiertas. Y dos veces a la semana los patios de las casas son el teatro de un golpeteo inacabable. Son las rubias fraulien que baten los colchones en el marco de las ventanas en un estruendo de fusilería que queda martillando los oidos hasta la caída de la noche.

Los diarios traen espesos editoriales y las planas están repletas de sesudos artículos sobre economía, ciencias y filosofía. La información, las noticias del mundo diario tienen un lugar reducido y secundario. Los cafés de París, de Viena o de Florencia pequeños, íntimos, están siempre llenos de la risa de las mujeres y de sus gestos de gracia y de alegría. En las calles y en los jardines de París, las parejas van abrazadas, besándose, mimándose, con la única preocupación de la felicidad que llevan consigo.

En Alemania, en los cafés de Alemania, vastos y altísimos como catedrales, con mesas pesadas, monumentales, como para gigantes, por entre las cuales circulan mozos rígidos, una atmósfera de recogimiento y de gravedad lo llena todo. Y en las calles los hombres metidos en sus chaques doctorales o en sus levitas académicas, van estirados, serios como en un cortejo y saludándose los conocidos con enormes reverencias.

Todo esto no es obstáculo para que en las cervecerías uno se encuentre siempre con bebedor de barriga cimbreante que le diga: ¡Qué pueblo tan alegre es nuestra Alemania!, ¿verdad?

La primera palabra alemana que cae en nuestros oídos y con la cual tropiezan nuestros ojos en los infinitos letreros que decoran las murallas, que cuelgan de los postes, de los árboles, y que saltan a la vista en los cilindros de los kioskos y en los techos de los vehículos, es la palabra Verboten.

Verboten quiere decir prohibido. Y en Alemania todo está prohibido. Y más que todo, lo que casi no necesita prohibirse por letreros.

Ir en la calle en dirección contraria a la indicada por los reglamentos.

J. C.

Concurso de Cuentos Cortos Originales

TRABAJOS RECIBIDOS

Para nuestro "Concurso de cuentos cortos originales", se han recibido, en estos días, los trabajos que a continuación se expresan: "Sieglinda", lema: Magnus Ergo, seudónimo Pedro de Bretal; "El paralítico", seudónimo Venganza, lema: Odio; "Liberación suprema", lema: Karma Yoga, seudónimo Francisco Trammer; "Su crimen", lema: Infidelidad, seudónimo Platon; "Camaradas", lema: Fidelidad, seudónimo Omar Teruel; "El rosal trágico", lema: Leyenda, seudónimo Omar Teruel; "Una noche en país salvaje", seudónimo Paddy O. Chrane; "Tormentas", lema. Historia, seudónimo Rethse; "Amor, alma y vida", lema: Amor, seudónimo Caraguatá; "El hambre fatal", lema: Pan, seudónimo El hambriento; "Agua mansa", lema: Una vida, seudónimo Platon; "El rostro de su víctima", lema: Celos, seudónimo Rafles.

De los trabajos mencionados, ha sido aceptado y se publicará oportunamente, el trabajo titulado "Una noche en país salvaje".

DISFRACES INFANTILES, FUERA DE NUESTRO CONCURSO



Beba Nari, Negrita Del Bonis

Romilda E. Nari







Arriba: Marta Brivio Sanguinetti, Maja
Nelly Santana Balletto

Arriba Pocholo Maiorano
Julio Raúl de Souza
Carmen, (Durazno)

Arriba: Julieta Brivio Sanguinetti, Dama antigua
Arístides A. Ducasse Yanez
Gaucho

Matilde Juanita Bomfiglio, (Sultana)

LA CABALGATA DE CARRASCO



Un brillante éxito obtuvo la gran cabalgata realizada días atrás en Carrasco organizada por las señoritas Ida Brum Larraechea y Renée Delgado Brum. — Previamente combinados, un grupo de damas, niñas y caballeros de nuestra sociedad, se reunieron a la hora 14 en los alrededores del Hotel Carrasco, desde donde partió la interesante caravana en autos y en caballos hasta el Parque Municipal de aquella hermosa localidad. Allí se disfrutaron de unas horas de animada sociabilidad y se participó de las gratas incidencias de juegos improvisados. La espléndida temperatura de la tarde coadyuvó al éxito de este lindo paseo del que sus numerosos participantes conservarán muchos recuerdos.— Participaron de esta cabalgata las señoras: Ida Larraechea de Brum, María Mercedes Frugoni de Sala, Alda Buero de Brum, María García Lagos de Hughes, Lola Montaner de García, Sara García Lagos de Hughes, Ascensión Barreto de Morató, Fidela Comparada de Durán, y las señoritas: Ida y Fanny Brum Larraechea, Renée e Hilda Delgado Brum, Celia y Margarita Méndez Gomensoro, Lía Méndez Schiaffino, Hortensia Turenne Puig, María Teresa Bosch del Marco, Elena Hughes García Lagos, Lilya García Fonticiella, Luisa Carve Gurmendez, Ema Seré Rucker, Sara Hughes García Lagos, Matilde Algorta Algorta, María Elena Morell Mackinnon, Hilda Sala Frugoni, Gloria Aznárez, Beba Ponce de León Terrero, María Antonia Hughes Mañé, Sara Vásquez Callorda, Concepción Morató Barreto, Anita Butler Balparda, Margarita Guerín Aguerre, Lía de Pena Gómez Chilla, Nenella Nieto Usher, Carmen Balparda Alvarez, Susana, Raquel Delucchi Turenne, Isabel y Elena Butler, Nené Fleurquín Narbondo y un crecido grupo de jóvenes.



Impresa en los Talleres de Ucar Blanco Hnos. — IMPRENTA LATINA. — Calle Florida 1528 y Paysandú 832
Para la AGENCIA PUBLICIDAD. — Capurro & Co. — Grabados a cargo de GINO LUGLI